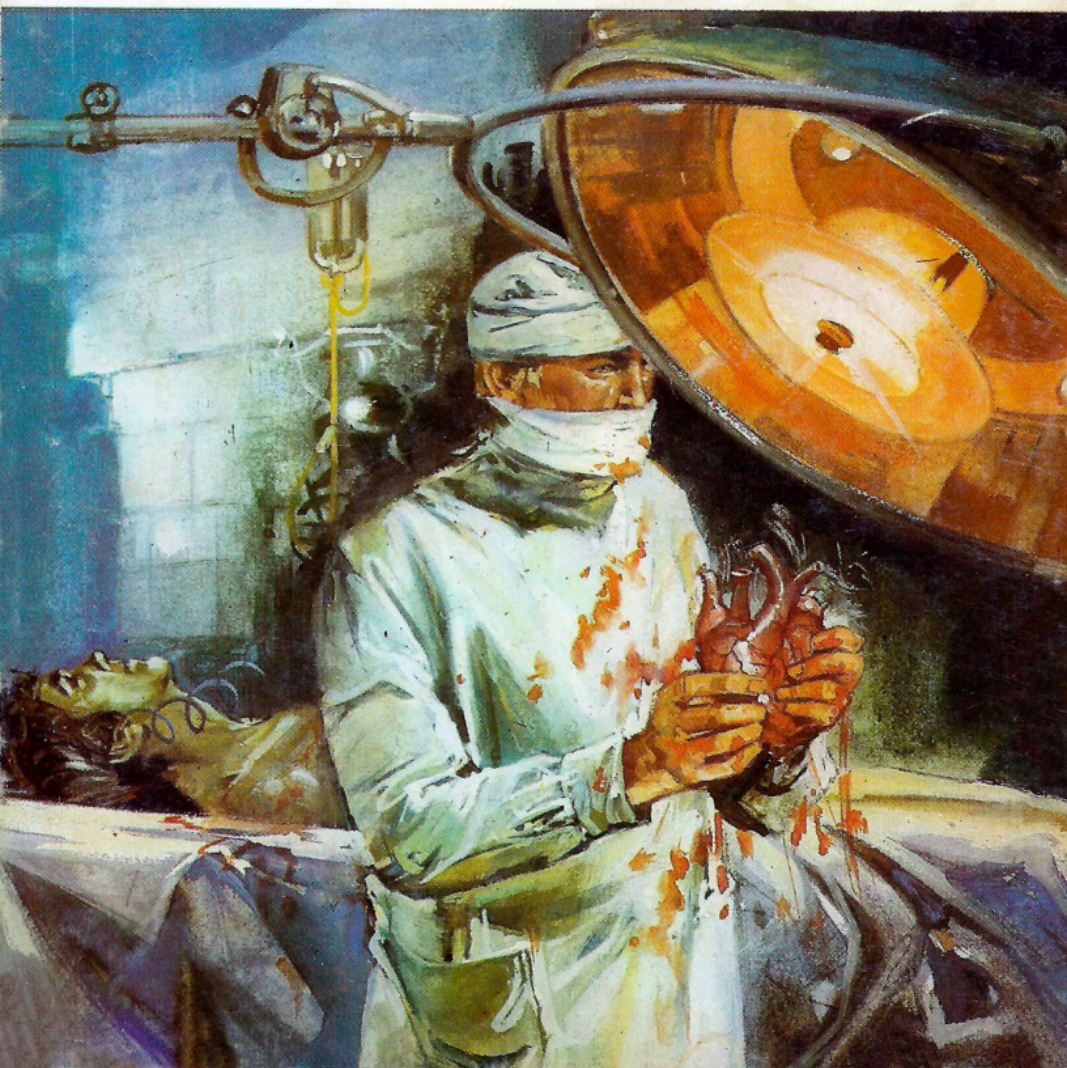
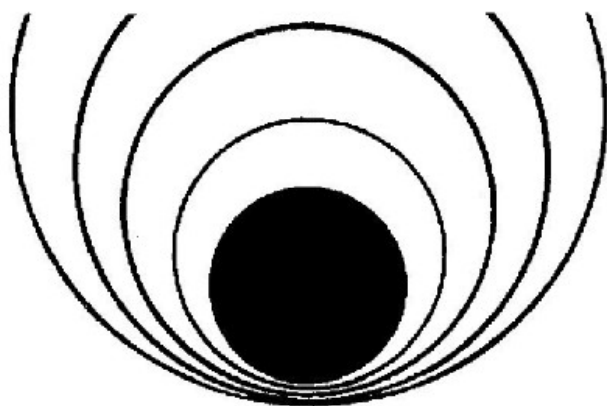




LA MUERTE RÍE EN EL QUIROFANO

Ada Coretti





PUNTO ROJO



Novela Perteneiente a la coleccion de Bolsilibros de **xico_weno** para **exvagos.com**

[Gran Biblioteca de Colecciones de Bolsilibros de Ciencia Ficción, Terror, Suspense, Oeste ... \[EPUB\]](#)

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

653. — El fuego quemó su cerebro.

ADA CORETTI

LA MUERTE RIE EN EL QUIROFANO

Colección PUNTO ROJO n.º 955
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES –
CARACAS – MÉXICO**

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 19.894 - 1980

Impreso en España - *Printed in Spain.*

1ª edición: agosto, 1980

© **Ada Coretti - 1980**

texto

© **Miguel García - 1980**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto
exclusivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con personajes,
entidades o hechos pasados o actuales, será
simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona
- 1980

CAPITULO PRIMERO

Sabía que aquel trozo de metralla estaba alojado cerca de su corazón. Tan cerca que un mínimo desplazamiento podía ocasionarle la muerte.

Sin embargo, aquel trozo de metralla no se movía. Hacía treinta años que permanecía allí, inmóvil, cerca de la arteria coronaria. Y Frank Harold, el hombre que debía su fortuna a su boda con una rica heredera, se había olvidado ya de que su vida, en verdad, pendía de un hilo.

No obstante, la tragedia reapareció con toda su crudeza. De pronto. Una tarde que parecía igual a cualquier otra.

Frank Harold acababa de llegar a ese caserón, lindante a la carretera que conducía a la pequeña localidad de Higgurs, donde vivió de niño, y donde actualmente, cuarenta años después, encontraba paz, sosiego, algo así a un relax que le tonificaba el alma.

Lejos de la ciudad, del mundanal ruido, de todos los egoísmos y ambiciones humanas, allí se sentía a gusto y feliz. Más feliz que en ninguna otra parte.

Pero aquella tarde, apenas llegó y entreabrió las ventanas de la planta baja, las que se orientaban hacia el cercano y susurrante bosque, sintió una dolorosa punzada en el corazón. Tan dolorosa que se encogió sobre sí mismo y no se atrevió a moverse antes de que hubieran transcurrido un par de minutos.

El dolor fue cediendo poco a poco, pero volvió a sentir otra punzada, y otra, y otra... Se asustó. Se alarmó. Se llenó de zozobra, ansiedad y desasosiego.

Ahí tenía la metralla. ¡Maldita metralla! Cuando todo le sonreía en la vida,; volvía a dejarse sentir...

Bueno, no tenía que dramatizar antes de tiempo. Acudiría a su doctor de cabecera y se haría, visitar. Posiblemente se trataría de una falsa alarma..

Pero las radiografías que le hicieron, demostraron, desgraciadamente, que su caso era grave, gravísimo. La metralla se estaba moviendo, desplazándose más hacia la izquierda. Se dirigía hacia donde equivalía, sin lugar a dudas, a una muerte cierta.

—Hay que intervenir urgentemente.

Frank Harold tragó saliva.

—¿No hay otra alternativa? —preguntó.

—No, en absoluto —fue la respuesta tajante del facultativo—
—. Además, debo hacerle saber —agregó— que se trata de una

operación muy delicada, que pocas, muy pocas manos pueden llevar a cabo con éxito. Bien mirado, sólo unas pueden garantizarle la vida.

—Dígame el nombre de ese cirujano —solicitó ansiosamente Frank Harold—. Como comprenderá, estoy dispuesto a pagar lo que sea.

—Se trata del doctor Jonathan Grassle. Es una auténtica eminencia.

Y doce horas más tarde, mi una más, Frank Harold era entrado en camilla al quirófano. Donde, breves instantes después, le fue colocada la mascarilla del cloroformo.

A su lado estaba el famoso doctor Jonathan Grassle y sus ayudantes, y un par de enfermeras. Todos con sus batas blancas.

El quirófano era amplio y supermoderno, con un instrumental de la máxima categoría. Estaba claro que aquello formaba parte de una de las clínicas más lujosas de la ciudad.

Pero de pronto, inexplicablemente, las enfermeras se fueron y asimismo los ayudantes del doctor. Y Frank Harold, que aún veía cuanto le rodeaba, aunque lo cierto es que lo veía ya todo borroso, como entre brumas, se encontró solo con el... cirujano.

Quien, al reparar en el rostro de sorpresa, de estupor, de su paciente, se echó a reír. Con la risa más siniestra y diabólica que uno pueda llegar a imaginarse. Hasta ser capaz, en sólo un instante, de helar la sangre en las venas.

—¿Por... por... qué se ríe así... así?

—preguntó Frank Harold, y la voz le salió ronca, arañada, y a la vez grotesca a través de la mascarilla del cloroformo.

—Porque voy a matarle —le contestó Jonathan Grassle con voz de hielo— y porque va a resultar gracioso, muy gracioso, que no pueda hacer nada por evitarlo.

—¿Va... va... a ma...matarme...? —lo veía todo cada vez más borroso, más irreal, más fuera de este mundo. Y sintiendo que todo él se llenaba de horror, de espanto—. Esto no es posible...

La mano enguantada del cirujano se acercó a la mascarilla el cloroformo, quitándosela.

—Mejor así —dijo con voz helada—. No quiero que se duerma. Quiero que permanezca despierto y que vea cómo le mato...

Frank Harold quiso mover sus extremidades. No pudo hacerlo. Brazos y piernas se hallaban bien sujetas, totalmente inmovilizadas.

—Está bro...bromeando... ¿verdad? —balbuceó.

—No, en absoluto. Yo no bromeo nunca.

—Pues esto que dice —la lengua se la pegaba al paladar— no

tiene sentido, no tiene razón de ser.

—Sí, sí —afirmó Jonathan Grassle—, porque le odio. Nunca he odiado a nadie más que a usted, compéndalo, no voy a perderme esta inmejorable oportunidad...

—Pero ¿y sus ayudantes? —jadeó—. ¿Y sus enfermeras? Pero ¿por qué me odia? Yo no le he hecho nada. Ni siquiera le conocía.

—Yo a usted sí —le hizo saber—. Un día esperé a Pamela a la salida del teatro y la vi aparecer en su compañía.

—¿Pamela? ¿Ha dicho usted Pamela...? —y quiso reparar bien en las facciones, en la expresión del cirujano, pero expresión y facciones se le borran, se le difuminaban, debía ser por causa del cloroformo. ¿Qué tiene que ver ella en esto...?

—Yo amo a Pamela, minea, he amado tanto a una mujer. Y ella me ha despreciado, ¿sabe?, por su causa. Pero no se haga ilusiones, si le seduce la idea de casarse con usted, no es por usted mismo, es por su dinero.

—Puedo... puedo romper mis relaciones con ella —ofreció Frank Harold.

No quería morir, y menos de aquella forma tan espeluznante. Porque comprendía que de espeluznante iba a tenerlo todo. Hasta alcanzar lo realmente demencial.

—Luego no cumpliría su promesa —dijo la voz de hielo del cirujano—. Lo sé. Así que no voy a fiarme de usted —y agregó—: Prefiero la venganza. Una venganza que me compense de todo lo sufrido.

—¡No...!, ¡no...! —suplicó Frank Harold. Pero convencido de que no iba a ser atendido en sus ruegos, dando por descontado que su final se acercaba patética e inexorablemente, repuso—: Pero si ha de ser así, al menos colóqueme otra vez la mascarilla del cloroformo...

—Se lo he dicho ya —manifestó Jonathan Grassle—. No quiero que se duerma. Quiero que permanezca despierto y que vea cómo le mato.

—Pero esto es monstruoso... —gimió.

—¡Basta ya! —zanjó el cirujano, y de un brusco tirón arrojó lejos la sábana que tapaba el cuerpo de su paciente—. Debo empezar cuanto antes... —y dirigiendo su diestra hacia el reluciente instrumental, se apoderó de un afiladísimo bisturí.

Frank Harold quiso gritar con todas sus fuerzas. De hacerlo, sin duda alguien le oiría. Sin embargo, no pudo hacerlo, los gritos no le salieron de la garganta, se le quedaron allí, atravesados. El cloroformo ingerido le tenía como dormido, aunque la verdad es que aún estaba despierto.

Lo suficientemente despierto, por desgracia, para sentirse

Había gritado, pero el grito se le había ahogado dentro, y el gesto de su boca fue, pues, el único exponente del dolor y del pánico sin límites, sin fronteras, que invadió su ser. Aunque también los ojos se le desorbitaron, hasta casi salirse de las órbitas.

Pero aquel incisivo corte en su cuerpo, desde lo alto de su tórax hasta su bajo vientre, no era nada para lo que se avecinaba.

El bisturí, a continuación, se hizo paso a través de la carne, y de las capas grasas, cada vez profundizando más, cada vez metiéndose más hacia las mismísimas entrañas.

Apareció el hígado, de color rojo oscuro, y los riñones, en la parte posterior del vientre a uno y otro lado de la región lumbar, y el corazón, el órgano central de la circulación de la sangre.

Este apareció con unos latidos tan fuertes, tan alocados, que puede decirse que estaba dando auténticas sacudidas.

A lo largo y ancho del incisivo corte, y por tal de las surgidas entrañas, sangre, sangre, y más sangre... Que el cirujano parecía complacerse en dejar manar...

Y manaba a chorros, a borbotones.

La mirada de Frank Harold se desquiciaba por instantes, se desorbitaba hasta dar la sensación de que sus ojos iban a volverse del otro lado quedando blancos por completo.

Sentía un dolor horrible, indecible, algo difícil de resistir. Pero resultaba aún más terrible y alucinante el terror que le dominaba y que luego amenazaba con volverle loco.

Jonathan Grassle volvió a reírse. Del mismo modo que lo había hecho antes. Con la risa más siniestra y diabólica que uno pueda llegar a imaginarse.

El cirujano dejó a un lado el bisturí, y acto seguido adelantó ambas manos hacia el palpitante corazón de Frank Harold.

Lo cogió entre sus manos enguantadas, y lo sacó de su sitio. Era del volumen de un puño. Totalmente normal.

Frank Harold, en medio de su dolor y de su terror, aún encontró valor para mirar hacia allí. Y vio a su corazón, alzado en el aire, con sus cuatro concavidades, con sus dos ventrículos de donde partían los grandes troncos arteriales y las dos aurículas, adonde iban a desembocar los grandes troncos venosos.

Un escalofrío mortal, que parecía y sin duda era anticipo de la propia muerte, le agitó de arriba abajo. Aun así, seguía sin poder gritar. Seguía sin poder defenderse en ningún sentido ni de

ninguna forma.

—Ahora es el final... —sentenció el cirujano, y de nuevo su voz sonó fría como el hielo.

Había cogido de nuevo el bisturí. Lo cogió con la mano derecha, mientras con la izquierda seguía alzando y sujetando el corazón.

De pronto, clavó el bisturí en aquel corazón que cada vez botaba más a la desesperada. Lo clavó allí una y otra vez. Tantas veces que en menos de medio minuto lo dejó hecho papilla.

Entonces, sólo entonces, Frank Harold consiguió gritar...

*

—¿Qué le pasa, señor?

—¿Qué le sucede, señor?

Su propio grito le despertó, encontrándose, de pronto, incorporado en el diván. Y entonces vio ante sí, con gesto de susto, a Robert, su viejo sirviente, y a Judy, su guapa hija, la cual le ayudaba en los quehaceres domésticos. Acababa de oír sus voces, preguntándole lo que le sucedía.

Notó que toda su frente despedía sudor y sacó un pañuelo para enjugárselo. Sólo después de un minuto largo, respondió.

—He tenido una horrible pesadilla...

—¿Quiere tomar algo, señor? —le ofreció solícita Judy—. Creo que le hace falta. Está pálido, lívido...

—Me he quedado dormido... Estaba cansado... Y sí, he tenido una espantosa pesadilla... Tan espantosa, que no la olvidaré nunca... Ha sido casi morir...

—¿Le sirvo un coñac, señor? —el viejo sirviente se le acercó—. Mi hija tiene razón, le hace falta, se le ve muy trastornado.

—Me han matado —Frank Harold quiso ponerse en pie, y se puso, pero lo cierto es que se tambaleó como un borracho—. Me han asesinado...

—Sólo ha sido una pesadilla —dijo el viejo sirviente—. Olvídela...

—Sírreme una copa de coñac —repuso finalmente Frank Harold, dirigiéndose a Judy—. Tienes razón, la necesito.

Sólo cuando la hubo apurado pareció recuperarse algo. Y entonces respiró hondo, consiguiendo llenar de aire sus pulmones.

Después se acercó a una de las ventanas y la abrió. Hacía frío, y aire, pero estuvo allí largo rato. Aquel aire, y aquel frío, le sentaban bien, le estaban haciendo reaccionar.

—No os preocupéis por mí —repuso girándose hacia sus sirvientes—. Ya estoy mejor. Podéis retiraros.

—Lo que usted diga, señor —acató el viejo Robert.

—Sí, señor —asintió a su vez Judy.

Frank Harold se quedó solo en la espaciosa sala. Una estancia cuya contemplación le traía dulces y entrañables recuerdos, no en vano había transcurrido su infancia en aquel caserón.

Todo seguía igual que años atrás. Los mismos muebles, lámparas, cuadros. Como si el tiempo no hubiera transcurrido.

Se había convertido en un hombre muy rico. Podía haber hecho que arreglasen todo aquello. Pero no, no había querido hacerlo. Lo prefería así, tal como estaba en su infancia. Posiblemente por eso, porque nada o casi nada había cambiado, se sentía allí tan a gusto. Tanto que permanecer unos días entre aquellas entrañables paredes, equivalía, sin lugar a dudas, a un verdadero y auténtico relax.

Notó un estremecimiento, posiblemente de frío, aunque no estaba seguro de ello puesto que el horror de la pesadilla sufrida no podía quitárselo de encima, y cerró la ventana. Pero siguió allí, junto a los cristales, mirando hacia fuera.

Quiso pensar en Pamela. Si pensaba en ella dejaría de recordar lo sucedido. Y buena falta le estaba haciendo.

Pamela era joven y atractiva. Tenía una silueta de curvas sensacionales y una cabellera rubia que daba gusto mirarla. Trabajaba de corista desde los dieciséis años. Bailaba bien y tenía una voz aceptable, pero a pesar de eso, y de todos sus indiscutibles encantos físicos, no había conseguido destacar lo más mínimo. En consecuencia, había perdido ya las esperanzas de llegar a convertirse en una primera figura. Por eso había decidido hacer una buena boda y dejarse de sueños tontos que en definitiva no conducían a ninguna parte. Así las cosas, conoció a Frank Harold que acababa de enviudar. Su riquísima esposa le había convertido en su único heredero. Pamela pensó que la ocasión no podía ser mejor y se lanzó al ataque. Bueno, no le hizo falta atacar mucho, ésta es la verdad. Frank Harold se rindió en seguida. ¿Cómo no rendirse ante el asedio de aquella preciosidad que aún no había cumplido los veinticinco años?

Frank Harold tenía cincuenta. Se lo pensó dos veces. Pero no llegó a pensárselo tres, había perdido la cabeza y bien mirado la felicidad sólo pasa una vez en la vida.

Creyó que esa boda iba a sentarle mal a su sobrino Michael, aquel joven tímido y también un poco apocado, por el que su rica y difunta esposa sentía marcada predilección. Creyó, asimismo, que la noticia de su compromiso iba a caerle pésimamente a su sobrina Stefanie, la muchacha rubia y bonita, toda encanto, que le quería como si él fuera su propio padre.

Pero ni Michael, ni Stefanie, opusieron la menor objeción a sus planes. Ambos se limitaron a decir que les gustaría mucho verle dichoso.

En consecuencia, todo le sonreía en la actualidad a Frank Harold. Podía considerarse afortunado. Tenía motivos para dar gracias al cielo.

Pero ahora, de pronto, aquella espantosa pesadilla había venido a llenarle de agitación, de desasosiego, de zozobra. Porque ¿acaso no tenía ciertamente un trozo de metralla alojado cerca del corazón...?

Sí. Esto era cierto.

Desde hacía treinta años.

Pero no, desde entonces la metralla no se había movido de su sitio. Igual que si no la tuviera. Resultaba infundada pues, su alarma, su inquietud. Tenía que serenarse.

Ahora quiso pensar en Stefanie, en esa sobrina a la que él quería tanto. Estaba prometida a Michael, el sobrino de su difunta consorte. Harían una buena pareja y sin duda serían muy felices.

Cuando se casaran les daría cien mil libras a cada uno. Este era el ferviente deseo que su esposa tuvo en su lecho de muerte, en sus últimos momentos. Deseo que él, por descontado, cumpliría fiel y religiosamente.

Stefanie le había dicho que iría al caserón a pasar un par de días con él. Le dijo que llegaría a eso de las cinco.

Miró su reloj de pulsera. Eran las cinco menos un minuto. Sin duda no tardaría en llegar. Stefanie era siempre muy puntual.

Oyó un claxon. Era ella. No podía en verdad ser nadie más. Era su costumbre hacer notar así su presencia.

En efecto, se trataba de la muchacha. Pero no llegaba sola. Le acompañaba un hombre de unos treinta y cuatro años, alto y delgado, de angulosas facciones, de ojos brillantes y negros, de expresión nerviosa.

La muchacha, así que estuvo en el interior del caserón, suplicó a su acompañante que esperara un momento y seguidamente le hizo pasar a una pequeña estancia. Luego se dirigió hacia donde se hallaba su tío, a quien besó cariñosamente.

Al poco le dijo, refiriéndose a su acompañante:

—Quiere hablarte, tío.

—¿A mí? —se sorprendió—. ¿Quién es...? ¿Y de qué quiere hablarme?

—Es mi más ferviente admirador —repuso ella.

—¿Tu qué...? —preguntó, como si no hubiera oído bien.

—Mi más ferviente admirador —repitió. Y añadió—: Está muy enamorado de mí, enamoradoísimo. Quiere que nos-casemos

en seguida.

—Tú estás prometida a tu primo Michel... —la voz le salió seca, dura.

—Ya se lo he dicho.

—Entonces, ¿por qué insiste? —tenía la frente llena de arrugas.

—Dice que no renunciará a mí por nada del mundo...

No dijo nada más. El susodicho admirador se había cansado de estar en la pequeña estancia en que la muchacha le había dejado, y nervioso, había optado por salir de allí. Acababa de presentarse ente ellos.

—Señor Harold... —fueron éstas sus primeras palabras—, tengo el honor de pedirle la mano de su encantadora sobrina Stefanie.

—Mi sobrina, señor mío —manifestó el aludido sin contemplaciones—, va a casarse en breve con otro hombre. Como sea que usted no ignora tales relaciones, considero verdaderamente improcedente...

No le dejó proseguir. Mostrando crispadas y alteradísimas sus angulosas facciones, el visitante exclamó:

—¡Pienso casarme con Stefanie! ¡A las buenas o a las malas, se lo advierto a usted! Estoy seguro de que terminará dándome su consentimiento —añadió, totalmente rotos los nervios—, pero de no ser así, soy capaz de cualquier disparate... ¡Incluso de matarle!

—¿Cómo se atreve...? —se escandalizó Frank Harold—. Venir a mi casa para amenazarme de muerte... —y a su vez agregó, intentando, tal vez, tomárselo a broma—: ¿Acaso quiere hacerme reír?

—Ríase si quiere, pero tómeme en serio. Si es inteligente, tómeme en serio... Y en fin, de momento creo que será lo más conveniente que me vaya. Buenas noches, señor Harold. A pesar de todo, he tenido mucho gusto en conocerle.

—No se moleste en volver. Todo está dicho entre nosotros —zanjó Frank Harold—. Hasta nunca, señor...

—Grassle. Jonathan Grassle.

—¿Queeee...? —y se había quedado blanco como una hoja de papel.

—Jonathan Grassle —repitió.

Se había puesto a sudar. A chorros, a borbotones, igual que en la pesadilla.

—¿Qué profesión tiene...? —se atrevió a preguntarle.

Y lo preguntó con tanto miedo, que la voz apenas le salió de la garganta.

—Soy cirujano.

—¿Cirujano...? —tembló la voz de Frank Harold, y también sus piernas, y todo él.

—¡Sí! —afirmó. Y añadió acto seguido—: Especialista en operaciones del corazón.

CAPITULO II

Había acabado de visitar a su último cliente, y el psiquiatra se dispuso a dar por finalizada su tarea de aquel día. Pero antes de salir de su lujoso consultorio, decidió telefonar a su novia. Había dicho que la llamaría.

Pudo llamarla desde allí mismo. El teléfono estaba sobre la mesa del escritorio. Sin embargo, su hermano acababa de llegar, y como sea que conocía de sobras todas sus bromas, pensó que era preferible que hablase a su novia desde el otro teléfono, desde el que tenía en la sala de visitas.

—Un momento, Robin —dijo.

—Te espero ojeando un periódico —contestó éste, desplegando el diario de la tarde.

Apenas se quedó solo en aquel magnífico despacho, oyó desde la sala de espera la voz de la enfermera.

—Lo lamento, señorita, ya no es hora de visita. El doctor va a salir.

—¡Por favor! —suplicó una dulce voz de mujer—, ruéguele que me atienda. Se trata de un caso que no admite espera.

—Hágase cargo, señorita, el doctor debe ceñirse a unas horas establecidas, de otro modo no podría nunca disponer del menor tiempo para sí mismo. Puede volver mañana a primera hora.

—No, no —insistió la voz de la visitante—, debo verle ahora. Permítame intentar personalmente convencerle...

Y la muchacha, por lo visto sin esperar el consentimiento de la enfermera, se permitió llamar con los nudillos a la puerta del despacho. Y acto seguido, sin esperar a más, se permitió, asimismo, abrir dicha puerta.

—Se lo ruego, discúlpeme usted...

Robin Scott, el hermano del psiquiatra, que era un joven atlético, de un metro ochenta, de gesto varonil, se volvió de manera desenvuelta hacia la muchacha que acababa de aparecer.

Le bastó una mirada para ver que era un verdadero encanto. Le bastó una segunda mirada para decirse que no podía dejarla escapar así como así.

—Se lo ruego, atiéndame usted...

Intervino la enfermera, apareciendo, toda sofocada, tras la muchacha.

—Ya se lo he dicho, señorita, no es hora de visita. El doctor no puede...

—No se preocupe —la interrumpió Robin—. Haré una excepción. La atenderé.

—Pero usted..., usted... —balbuceó la enfermera.

Sabía que aquel joven no era el doctor, sino su hermano menor. ¿Cómo, pues, se había expresado de tal forma?

—Déjenos, por favor —solicitó Robin. Y cuando la enfermera obedeció, no sin haber balbuceado de nuevo, se volvió hacia la bonita visitante, invitándola—: tome asiento. Estoy a su disposición.

Ella se sentó en uno de los sillones de cuero negro situados frente a la regia mesa del escritorio, y él, a continuación, lo hizo tras la misma en el sillón giratorio.

—Usted dirá, señorita...

Tan natural y desenvuelto se mostró, que nadie hubiera dicho que no era el verdadero doctor, el psiquiatra a quien ella había ido a buscar.

—Harold, Stefanie Harold —repuso ella.

—Dígame usted...

—Con franqueza —vaciló la muchacha—, no sé por dónde empezar. Según como se mire, creo que la culpa es suya...

—¿Mía? —inquirió Robin.

—Sí, suya. La verdad es que no me lo imaginaba así...

—¿Ah, no? ¿Pues cómo me imaginaba?

—Mucho mayor —reconoció—. Además, tan alto, tan fuerte, no tiene usted aspecto de psiquiatra.

—¿Acaso los psiquiatras tienen un aspecto especial?

—Discúlpeme, no he querido decir una inconveniencia.

—Estoy convencido de ello —y deseando animarla a iniciar el tema que le había llevado allí, le sonrió abiertamente.

—Se trata... —empezó a decir ella.

Como sea que vacilara, Robin Scott sacó un paquete de cigarrillos, ofreciéndole uno.

—Un cigarrillo ayuda a hablar.

—Gracias —se lo aceptó.

Sacó el encendedor y se levantó para ofrecerle fuego.

—Ahora... —había esperado a que despidiera un par de bocanadas de humo— puede empezar. La escucho atentamente.

—Voy a referirme a un asunto muy delicado.

—Tenga la seguridad de que casi todos mis clientes empiezan con estas palabras, o con unas muy parecidas.

—Verá usted... —pero ahora apenas se detuvo. Decidida a buscar la ayuda que necesitaba, prosiguió—: Es mi tío quien tenía que haber venido. Yo le he hablado en más de una ocasión de la conveniencia de hacerlo así, pero se ha negado, siempre se ha negado...

—¿Qué le sucede a su tío? —preguntó Robin Scott, queriendo

facilitarle la explicación de los hechos.

—Está tan asustado, tan terriblemente acomplejado, diría yo, que va a acabar volviéndose loco.

—Si tal es su estado de ánimo, sin duda es debido a algo. Siempre existe una motivación...

—Naturalmente. Y yo vengo a referírsele todo, único modo de intentar encontrar una salida a esta situación que se ha convertido en pocos menos que una tragedia...

—Expóngame la cuestión, no sienta reparos en hacerlo. Para esto estoy aquí, para oírla y para una vez sopesados los pros y los contras darle una adecuada pauta a seguir.

Luego de llevar de nuevo el cigarrillo a sus labios, Stefanie se lo refirió todo. Esto es, la pesadilla que había sufrido su tío y el hecho, la circunstancia, la coincidencia, lo que fuera, que aconteció después, cuando resultó que su admirador se llamaba, exactamente, ni más ni menos, como el hombre que en el sueño había acabado con su vida.

—¿Se hace cargo, doctor?

—En cierto modo, sí —asintió Robin Scott—. Pero sólo en cierto modo. Para atar cabos, para llegar a una efectiva conclusión, me faltan por saber muchos pormenores. Será mejor que le haga unas cuantas preguntas y que usted, por descontado, me las responda con toda sinceridad.

—Cuenta con mi máxima sinceridad —aseguró ella—. He venido para ayudar a mi tío, y no ceñirme fielmente a los hechos, tergiversar las cosas, no sería hacer otra cosa que perder lamentablemente el tiempo.

—Creo que es usted una muchacha muy razonable y muy... guapa, si me lo permite —pero convencido de que, como psiquiatra, se estaba pasando, carraspeó un poco y dijo—: Bueno, volvamos al asunto. Estábamos en que su tío, a partir de aquella pesadilla, vive torturado por el temor...

—...Por el temor de que su sueño se convierta en realidad —concluyó la muchacha. Luego dijo—. Mi tío sabe que cerca de su corazón está la metralla y que cualquier día, en cualquier momento, puede moverse y plantearle un grave problema. El mismo problema, ni más ni menos, que vivió en la pesadilla...

—El mismo, no —puntualizó Robin—, Aunque tuviera que ser intervenido quirúrgicamente, existen muchos cirujanos, y con no elegir a Jonathan Grassle el asunto se allana, se simplifica y se soluciona por sí mismo.

—No resulta tan sencillo —dijo la muchacha—. Queriendo saber a qué atenerse de suceder semejante contingencia, mi tío consultó a su doctor de cabecera, ¿y sabe cuál fue la respuesta?

Pues que en tal caso se trataría de una intervención delicadísima y que para garantizar el éxito debería ponerse en manos del mejor especialista. En manos del doctor y cirujano Jonathan Grassle...

—Comprendo que no le gustara la respuesta —admitió Robin—. Desde su punto de vista, esa respuesta peca, evidentemente, de escalofriante...

—Si Jonathan Grassle fuera otra clase de hombre— le hizo saber la muchacha— la pesadilla no hubiera llegado a convertirse en un problema, poco a poco habría ido perdiendo intensidad, hasta que, sin suda, mi tío hubiera llegado a olvidarla. Pero Jonathan Grassle es un hombre sumamente nervioso y excitable, muy violento, cuyo trato no inspira la menor confianza. De eso que mi tío, debido a todo ello haya acabado tan asustado, tan traumatizado... Tanto, que a menudo le parece estar viviendo de nuevo aquella horrible pesadilla.

—Dígame, señorita Harold, ¿está usted muy enamorada de Jonathan Grassle?

—No, en absoluto —contestó Stefanie.

—Pues me ha dicho, si no le he entendido mal, que le llevó al caserón, a presencia de su tío, para que pidiera su mano...

—Sí, lo hice, en efecto —asintió ella—. Pero no porque estuviera enamorada de él, muy al contrario. Lo hice, simple y llanamente, porque no sabía cómo quitármelo de encima...

—Espero que me lo explique mejor —intercaló Robin Scott.

—Jonathan Grassle es un hombre fogoso, arrebatado, y también, ya se lo he dicho antes, violento... Reconozco que su sola presencia ha llegado a intranquilizarme, a asustarme...

—¿De veras?

—Al principio fue un admirador amable, incluso simpático, pero luego, cuando yo le rogué que no insistiera, cuando le dije que todo era inútil porque estaba prometida a mi primo Michael, reaccionó pésimamente...

—¿Pésimamente? —hizo hincapié en la palabra.

—Me dijo que debía romper mis relaciones. Mejor dicho, me lo exigió... Había remontado en indignación, en violencia, y nada por lo visto había sido capaz de frenar lo encolerizado de sus sentimientos... Yo respondí que pedía un imposible, que mi destino estaba ya marcado y le rogué, una vez más, que desistiera de su empeño. Entonces se encolerizó aún más y me hizo saber que, o me casaba con él, o sería capaz de cometer cualquier disparate...

—¿Se refirió, tal vez, a qué clase de disparate?

—No. Pero a juzgar por el modo como me miraba, yo hubiera asegurado que quería asesinarme...

—¿Usted cree?

—Por lo menos lo creí en aquel momento y seguí creyéndolo en días sucesivos. Así que, me convencí de que alguna determinación tenía que tomar. Y la tomé.

—¿Cuál fue?

—Se lo he dicho ya, llevarle al caserón, a presencia de tío Frank, para que pidiera mi mano... Sabía de antemano —agregó la muchacha— que mi tío iba a rechazar, a repeler de inmediato su pretensión... Sabía que iba a hacerlo de una forma tajante, dura, que no iba a dejarle dudas sobre la total y absoluta inutilidad de su intontona. Confiaba, pues, en que saldría de allí completamente desanimado...

—Y no sucedió así.

—No, no... Por el contrario se complicó lamentablemente la situación. Jonathan Grassle no se amedrentó, no dio ni un solo paso atrás, y le dijo a mi tío que era capaz, si se negaba a sus pretensiones, a cometer cualquier disparate... En esa ocasión sí aclaró a qué clase de disparate se refería... Sería capaz ¡incluso de matarle!

—Evidentemente se trata de un hombre propenso a la agresividad, frenético e iracundo...

—En fin, así están las cosas —dijo la muchacha—. Queriendo solucionar bien mi caso particular, lo he complicado todo deplorablemente. Pero confío en que usted...

—Un momento —Robin Scott había interrumpido a la bonita muchacha—, me falta por hacerle un par de preguntas.

—Hágamelas.

—La primera: ¿Está usted muy enamorada de su primo Michael? La segunda: ¿Se halla dispuesta, según cómo se desenvuelvan los acontecimientos, a romper sus relaciones con éste y a casarse con Jonathan Grassle?

—No estoy enamorada de mi primo —reconoció Stefanie—. Ni poco ni mucho, ésta es la verdad —y no había apartado sus ojos oscuros, de largas pestañas, de los sagaces y penetrantes de su interlocutor—. Michael es un buen muchacho y yo le aprecio sinceramente, pero sólo eso.

—¿Entonces...? —y esperó a que la muchacha le ampliara y aclarara más el caso.

—Mi tío Frank no tenía fortuna cuando conoció a la que luego había de ser su esposa. Ella sí era rica, muy rica. Fue un matrimonio que se llevó bien, aunque mi tío nunca la amó, se había casado únicamente por su dinero. Sin embargo, todo aquello que mi tía deseó a lo largo de su vida, por simple e insignificante que pudiera ser, tío Frank se apresuró a dárselo.

Siempre fue así. Debía ser, supongo, un modo como otro de compensarle de ese amor que en realidad no le tenía.

—¿Y...?

—Se trata, a eso iba, a que mi tía tenía dicho que cuando Michael cumpliera los veinticinco años y yo los veintiuno, quería que percibiéramos cien mil libras cada uno de nosotros.

—Una buena cantidad —silbó Robin Scott.

—Pero en su lecho de muerte cambió de idea... —siguió diciendo la muchacha.

—Malo.

—Dijo que deseaba que nos casáramos y que entonces, sólo entonces, cobrásemos esas cien mil libras cada uno.

—Prosiga, por favor.

—Michael y yo nunca nos habíamos mirado con amor —dijo Stefanie—, pero una vez sabida cuál había sido la última voluntad de nuestra tía, supusimos que valía la pena ponernos en el plan que requerían las circunstancias. Cien mil libras no son ninguna bagatela.

—Desde luego que no.

—En conclusión —resumió Stefanie—, tratándose de la última voluntad de mi tía, yo sabía que tío Frank, por nada del mundo, consentiría en que yo me casara con otro. Si en vida respetó todos los deseos de su esposa, por pequeños que fueran, ¿cómo no iba a respetarle el último, el que, evidentemente, tenía más importancia para ella? Por eso llevé a presencia de mi tío a Jonathan Grassle, convencido de que, luego de aquella entrevista, ya no tendría que preocuparme ni inquietarme por nada, me habría quitado definitivamente de encima a tan enojoso y molesto admirador... Con quien, respondiendo a su segunda pregunta, no estoy dispuesta a casarme ni aunque fuera el único hombre de la tierra. Bueno, todo sucedió de distinto modo a como yo, ingenuamente, me imaginaba y así están las cosas —resumió Stefanie—, ¿Qué me recomienda?

—En principio, debe hacer comprender a su tío que su obsesión no puede conducirle a ningún fin práctico, positivo, y que por ser eso, simplemente una obsesión...

—Permítame que le interrumpa, doctor Scott —acababa de hacerlo—. ¿No podría ser usted, personalmente, quien se encargara del asunto?

—He creído entender, al principio de nuestra conversación, que a su tío no le seduce nada la idea de venir a este consultorio.

—Yo había pensado —dijo Stefanie— que usted podría ir a nuestro caserón. Yo le presentaría como a un buen amigo, simplemente como a un buen amigo, y entonces usted, con el

debido tacto...

—Me parece una excelente idea —dijo Robin.

—Lo malo es que para hacer lo que le pido sin que el interesado sospeche que usted es psiquiatra, posiblemente le hará falta más tiempo del que usted dispone...

—No, no, dispongo de ese tiempo —se apresuró a decirle—. Lo pongo a su disposición, con mil amores.

—Celebro oírle. Con franqueza —reconoció la muchacha— temía que un hombre tan importante como usted, no pudiera, ni aún con su mejor voluntad por delante... —Y sonriendo—: Gracias, doctor Scott.

*

—Yo soy el doctor Scott —sonó la voz junto a la puerta que acababa de abrirse.

El hermano de Robin, con aspecto siempre serio, siempre grave, había entrado en el despacho tras haber estado hablando con su novia por teléfono. Había oído que alguien le nombraba y había aclarado que el mencionado era él, si bien, por descontado, lejos de imaginarse la usurpación de personalidad de que había sido objeto.

—¿Usted es el doctor Scott...? —inquirió Stefanie, parpadeando. Y volviéndose hacia Robin—: Entonces, ¿quién es usted...?

—Soy su hermano —dijo el joven, con una cara dura a toda prueba, trampeando la situación con una sonrisa—. Pero no se apure, yo también he estudiado para doctor... Confieso, eso sí, que me cansé de estudiar y que dejé la carrera a medias. De todos modos, dése cuenta, no la ha atendido un pelagatos.

—Pero ¿cómo se ha permitido...? —se indignó Stefanie—. ¿Cómo se ha atrevido a...?

El psiquiatra se dirigió hacia la muchacha. Tenía que calmarla, lo que, por otra parte, no veía nada sencillo. Bien mirado tenía sobrados motivos para sentirse indignada, muy indignada. Su hermano se había pasado, y la suya había sido una auténtica tomadura de pelo.

Pero no fue precisa la intervención del psiquiatra, pues en aquel momento sucedió lo que éste menos podía imaginarse. Su hermano dijo:

—La verdad sea dicha, señorita Harold. La he visto tan bonita, tan encantadora, que me ha faltado el valor preciso para dejarla marchar. Humildemente le piso disculpas. Para congraciarme con usted, la invito a cenar, ¿qué le parece?

Y dicho y oído esto, toda la indignación de Stefanie se esfumó, se eclipsó. De pronto. No hizo falta más para que la muchacha, sintiéndose halagada, sonriera del modo más seductor del mundo.

—Le disculpo —respondió— y acepto su invitación.

—Respecto al caso que la ha traído aquí... —carraspeó el psiquiatra.

—Yo se lo solucionaré —dijo Robin, totalmente natural y desenvuelto—. De no ser así —y miró a su hermano—. La señorita Harold vendrá de nuevo en tu busca. Pero ya me conoces, todos los casos los desenvuelvo a la perfección. No hará falta que intervengas.

—Pero de tus casos a los míos... —recalcó el psiquiatra—, hay una marcada y evidente diferencia. No admiten posible comparación.

—Se refiere —le explicó Robin a la muchacha— a que yo soy detective.

—¿Detective...?

—Sí, señorita Harold. Ya le he explicado que me cansé de estudiar y que dejé la carrera a medias. Entonces decidí dedicarme a eso. Pensé que con un sabio en la familia —sonrió a su serio y grave hermano— mi madre tenía ya bastante. Por lo demás, tengo una corazonada. ¿Usted no cree en las corazonadas?

—A veces.

—Pues yo acabo de tener una. En su caso particular, tanta falta le hace un detective como un psiquiatra, o quizá más, incluso, un detective...

—¿Usted cree?

—Sí, lo creo. Su tío Frank ha sido amenazado de muerte y usted también ha sido amenazada en cierto modo, ¿no es verdad? Pues un detective a sus órdenes, por lo que de inseguro tiene el caso, no puede caerles nada mal. En fin, no se preocupe, le he dicho que me pongo a su disposición de mil amores.

Salieron del despacho como si se conocieran de toda la vida, y el psiquiatra no pudo menos de pensar que su hermano tardaría poco, muy poco, en apuntar un nuevo nombre de mujer a su casi inacabable lista de conquistas.

CAPITULO III

Habían concretado y ultimado los pormenores mientras merendaban en aquel moderno y confortable snack-bar.

Ahora sabían ya a qué atenerse en todos los sentidos y se disponían a poner manos a la obra.

Estaban llegando a Higgurs, la pequeña localidad en cuyas afueras, al pie de la misma carretera, se hallaba el caserón. Donde todo permanecía como años atrás. Como si el tiempo no hubiera transcurrido.

Iban en el coche de Robin Scott. Un coche último modelo, que estaba claro que debía haberle costado un dineral.

—Debe haberlo comprado a plazos, ¿no? —preguntó ella.

—No, al contado —y agregó, mientras no perdía de vista el trazo de la carretera, precaución muy lógica, pues iban a una gran velocidad—: Vengo de una buena familia. En mi casa nunca ha faltado el dinero.

—Me había figurado, al decirme que era detective, que dependía más o menos de un sueldo.

—He montado una agencia de investigación, y tengo más de treinta detectives a mis órdenes, a mi servicio. Pero ese trabajo, para mí, no significa más que un divertido hobby. Me divierte enormemente husmear en los asuntos de los demás, meter mi olfato en los guisos ajenos. Tal vez porque sé que de todos mis detectives, soy yo el más sagaz, el más perpicaz, el más intuitivo, y por descontado el más inteligente. En conclusión, el éxito siempre me acompaña.

—Espero, que si hace falta, también en esta ocasión le acompañe.

—Claro que sí.

—Recuerde, sin embargo, que se trata ante todo de que mi tío Frank deje de vivir obsesionado por esa pesadilla... Que deje de vivir obsesionado por Jonathan Grassle, el hombre que lleva el mismo nombre y que tiene la misma profesión que aquel que en la pesadilla le quitó la vida...

—Se trata también —le recordó Robin Scott— de hacer que Jonathan Grassle no mate a su tío, ni a usted. Es de suponer y esperar que sus palabras, que sus amenazas, sólo hayan sido un arrebató, pero por si las moscas hay que tener los ojos muy abiertos. Un descuido podría ser fatal. A propósito, señorita Harold, hemos quedado en que va a presentarme como a un buen amigo.

—Sí, me parece lo más acertado.

—Soy de su opinión. Pero en ese caso, tendremos que tutearnos, recuérdelo —y sonriendo, añadió—: Por descontado, yo la llamaré por su nombre, Stefanie. Usted llámeme por el mío, Robin.

—De acuerdo.

—Por lo demás, si somos buenos amigos quizá más de uno suponga que nos ha unido algo sentimentalmente. ¿Sabe lo que le digo? —y detuvo el coche—, que para ponernos acordes con las circunstancias, lo mejor sería que nos diéramos un beso.

—Tiene usted cara de fresco —repuso ella—. ¿No se lo han dicho?

—Hasta ahora no.

—Pues queda dicho, cara de fresco...

—No es justo que me califique así. Si por temor a molestarla no la he pedido que se acostara conmigo...

—Si me lo hubiera pedido, ¿qué cree que yo le hubiera respondido?

—Que me fuera a paseo.

—Exacto.

—Así pues, de momento me conformo con el beso.

—Bueno, para probar qué tal lo hace, no le digo que no...

Lo hizo tan bien, que Stefanie se quedó durante más de medio minuto sin saber si había seguido en este mundo o si había estado en el mismísimo cielo.

Pocos instantes más tarde, el coche se detenía ante la puerta principal del caserón. Cuando ya las primeras sombras de la noche habían caído sobre el cercano y frondoso bosque, y daban la impresión de empezar a salir de allí y de desparramarse por los contornos.

—¿Y a tu tío le gusta vivir aquí? —preguntó Robin Scott un poco sorprendido.

—Pasó aquí su infancia —respondió la muchacha—. Siente un profundo cariño por todo esto. Un cariño —agregó— que yo, en cierto modo, comparto. De eso que, de vez en cuando, me dé por venir a pasar unos días por aquí. Otro tanto hace a veces mi primo Michael. También a él le gusta este silencio, este aislamiento.

—Algo bueno debe tener todo esto —admitió Robin Scott— cuando tío y sobrinos, al unísono, comparten la misma manera de pensar.

—Supongo que sí.

Robin Scott echó una mirada analítica sobre el viejo caserón. Era de amplias proporciones y tenía algo de impresionante. Se imaginó cómo sería en su interior. Le gustaba imaginarse las

cosas.

Al poco de hacer sonar la campanilla de la puerta principal, ésta se abrió. Apareció ante ellos una muchacha morena, guapa. Tenía los ojos vivos, expresivos, y una sonrisa que formaba dos hoyuelos muy graciosos en sus mejillas. Era alta y espigada, con formas bien definidas. Como sea que llevara delantal, evidenciando en consecuencia que su puesto allí era el de doncella, lo primero que Robin Scott se dijo era que aquél no parecía ser su sitio.

—Hola, Judy —le saludó Stefanie.

—Buenas noches, señorita.

Les cedió el paso y ellos dos penetraron en el amplio vestíbulo. Donde muebles, lámparas, cuadros, cortinas y demás, formaban parte de un todo que Robin Scott se había ya imaginado.

—Guapa sirvienta... —comentó éste—. Es raro que no prefiera la ciudad a un lugar como éste.

—Seguirá aquí mientras viva su padre —le dijo Stefanie—. Su padre es el sirviente de mi tío desde antes de nacer ella. Cuando mi tío se va, se queda al cuidado de todo esto. El y su hija, claro, ellos viven aquí. Pero a Judy no le gusta esto, en absoluto.

Se oía conversar animadamente en la estancia situada al otro extremo del vestíbulo. Una estancia cuya puerta corrediza se hallaba, en aquel momento, un tanto entreabierta.

—Por lo visto, mi tío no está solo... —comentó la muchacha.

Estaba muy bien acompañado, y esto pudieron constatarlo así que entreabrieron más aquella puerta corrediza y se adentraron en la susodicha estancia.

Stefanie saludó a todos ellos con gesto simpático y luego se acercó a su tío, y le besó.

—Vengo con un buen amigo —le dijo—: Permíteme que te lo presente.

Así que pudo, Robin Scott se dedicó a examinar a los allí reunidos. Aunque no pudo repartir debidamente su atención, no pudo ser equitativo. Su mirada la acaparó, quieras que no, aquella espléndida y exuberante muchacha rubia, llamativa, que a su vez le dedicó a él una mirada incendiaria, capaz, sin lugar a dudas, de provocar por las buenas un auténtico incendio.

Luego supo que se trataba de Pamela, la corista que había decidido casarse con Frank Harold. Un modo fácil, sencillo, de conseguir de una sola vez todo lo que siempre había ambicionado. Evidentemente estaba harta de soportar mediocridades.

A Michael, que era otro de los presentes, Robin Scott le reconoció sin necesidad de presentaciones. Tímido, apocado, era fácil comprender que se trataba de él. No tuvo que discurrir mucho para deducirlo así.

Había allí, también, una viejecita muy simpática. Era bajita y delgada, y los años habían encorvado algo su espalda. Pero ella, no sin cierta coquetería, procuraba disimularlo con un bonito chal, que sus manos, nunca inmóviles, solían cruzar y descruzar sobre su pecho.

Había acudido allí, al caserón, a saludar al señor Harold, en compañía de su hermana Norma. Eran gemelas. Ninguna de ambas se había casado porque, según decían, los hombres eran todos unos solemnes egoístas. Vivían en la primera casa de Higgurs, una vivienda donde no faltaba nada. Por descontado, tampoco faltaba un magnífico televisor en color.

En aquel momento, Norma no estaba en aquella estancia con los demás. Se había sentido indispuesta, ahogada, pues debido a su asma a veces solía faltarle el aire, y había rogado que la disculparan. Desde hacía rato, pues, permanecía fuera del caserón, intentando respirar hondo.

Pero hacía ya demasiado rato que había salido. De momento, sin embargo, ninguno había caído en la cuenta de tal pormenor, y seguía la animada charla.

Otro de los presentes, era un joven de unos veinticuatro años, que se llamaba Paul Halpin. Vivía en Higgurs y trabajaba en la posada. Su padre era el dueño del negocio, un negocio que marchaba bastante bien. El solía visitar el caserón muy a menudo, porque la verdad es que bebía los vientos por Judy, la doncella. Pero ésta no le hacía caso, habiéndole asegurado repetidamente que sólo se casaría con un hombre con muchas posibilidades económicas que pudiera sacarla de allí para siempre.

Paul Halpin había hablado varias veces con Robert, el viejo sirviente de Frank Harold, rogándole que intercediera por él ante su hija. Había asegurado que la adoraba y que estaba dispuesto a hacerla infinitamente feliz.

El viejo Robert, en respuesta, le había asegurado que le encantaría que se casara con su hija, pero que, por desgracia, la elección corría a cargo de la interesada. El no podía hacer nada, lo lamentaba de veras.

Aun así, Paul Halpin no se había dado por rechazado e insistía. Acababa de hacerlo una vez más, al ir aquella tarde a saludar al señor Harold, aprovechando la ocasión, cómo no, para decir a la guapa doncella de la casa que la quería cada día más.

Estos eran los reunidos. En total siete personas. Ahora siete

personas.

Aunque bien mirado eran, o debían ser, ocho... Sí, debían ser ocho, puesto que la viejecita llamada Julie había llegado acompañada de Norma, su hermana gemela.

Pero Norma no había aún regresado.

*

Ni regresaría.

Esto era ya un hecho concreto.

Norma había salido fuera, lo dicho. Podía haberse quedado en cualquier otra de las estancias de la mansión, abriendo de par en par las ventanas, intentando así recuperar la respiración. Pero cuando le faltaba el aire, le ahogaba, le asfixiaba el solo hecho de sentirse bajo un techo, entre cuatro paredes. Había optado, pues, por salir de la casa.

Su hermana Julie había querido acompañarla, pero ella había dicho que no, que no era preciso. Acababan de llegar, o poco menos, y por otra parte, como no había nadie más en la casa a excepción de los sirvientes, de salir ambas juntas hubieran dejado solo al señor Harold, un hombre atento, agradable, que siempre les recibía con la sonrisa en los labios. Hubiera resultado una incorrección.

Hacía poco, muy poco, que estaba junto a los matorrales que en mayor o menor número cubrían el borde de la carretera, cuando alguien se le acercó.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó con gesto simpático.

—Respirar... Sí, ya estoy mejor... Temía que me diera un nuevo ataque de asma... —fue la respuesta de ella.

—Si respira mal —le dijo el recién llegado— es porque quiere. ¿No sabe que en el bosque crece una hierba de propiedades inmejorables para el mal que a usted la aqueja? Se coge la hierba, se hierva unos cinco minutos en medio litro de agua y luego ésta, una vez colada, se toma. Se recupera la buena respiración a los pocos instantes.

—No creo en hierbas —dijo la anciana.

—Pero no cuesta nada probarlo. ¿No le parece? —le sonrió con simpatía—. Si quiere, ahora mismo le enseño qué clase de hierba es...

—Debo entrar en el caserón, deben estar esperándome.

—El bosque está aquí mismo —insistió—. A menos de doscientos metros. Podemos ir y venir en pocos instantes. Ande, anímese, y le aseguro que no volverá a sentirse mal.

Se dirigieron hacia el cercano bosque, donde la oscuridad era

ya bastante intensa. Pero Norma, aquella viejecita estimada por todos los habitantes de Higgurs, no podía tener miedo porque iba bien acompañada.

Por lo menos era esto lo que ella creía.

Nada tan lejos de la verdad, porque aquella persona que iba a su lado no se proponía otra cosa que acabar con su vida. Y no, no iban a faltarle arrestos para así hacerlo, porque era, aunque nadie lo supiera, un ser malvado, abominable y diabólico.

Se internaron en el bosque un poco más de lo que la anciana esperaba. Pero, bueno, daba igual. Ya respiraba bien, el apuro le había pasado. No le molestaba andar.

—¿No crece esa hierba por aquí...? —preguntó.

—Sí, yo creía que sí —le respondió—, pero de momento no veo. Un poco más adelante habrá mucha. Cogeremos una buena cantidad.

Cuando ya se hubieron internado bastante, la anciana se detuvo. Su acompañante también se había detenido, de ello que ella lo hiciera.

Fue entonces cuando vio en aquel rostro una expresión tan maligna, tan perversa, tan demoníaca, que se quedó estremecida de pies a cabeza.

—¿Qué sucede...? —inquirió.

Su acompañante no respondió. Por lo menos no lo hizo con palabras. Aunque lo hizo de otro modo, desgraciadamente mucho más espantoso, mucho más alucinante. Mostró un cuchillo en su mano violentamente alzada en el aire, presto a descargar un brutal, salvaje e inexorable golpe en su víctima.

Esta inquirió, con la voz hecha un puro tembleque.

—¿Por qué quiere matarme? Yo no le he hecho nada malo... No se lo he hecho a nadie...

—Pero ha oído más de la cuenta —la respuesta sonó cortante como el filo de ese cuchillo que esgrimía—. No, no lo niegue. La vi el otro día, cuando yo hablaba con... Bueno, no hace falta que le diga con quién... Ambos sabemos de sobra a quién nos estamos refiriendo...

—Le aseguro que no, que yo no vi ni oí nada —la voz de la anciana seguía temblequeando—. No sé de qué me está hablando, se lo aseguro.

—Se quiere hacer la tonta para salvar el pescuezo. Pero es inútil, yo sé que la semana pasada me sorprendió usted hablando con...

—No, yo no pude sorprenderle la semana pasada —aseguró la anciana, con visos, ciertamente de incredulidad—. No salí de casa para nada. No me encontraba bien.

—Entonces, entonces... —acababa de darse cuenta de su error, no era la anciana Norma la que sabía de más, sino su hermana gemela Julie— me he precipitado... De todos modos —agregó—, ahora ya es tarde para volver atrás. No podría hacerlo ni aunque quisiera.

Y puesto que todo estaba ya dicho, el cuchillo asestó el primer golpe, en medio del pecho de aquella pobre anciana. Un golpe atroz, contundente, que ciertamente no podía fallar.

No falló.

De ello que Norma, aquella viejecita que minutos antes respiraba mal, dejara ahora de respirar de pronto. Ya de forma definitiva. El afilado cuchillo le había atravesado el corazón. Se lo había atravesado de parte a parte, inexorablemente.

Dejó de vivir en el acto. No tuvo tiempo de gritar. Ni siquiera una sola vez.

Su cuerpo cayó hacia atrás y allí se quedó con los brazos abiertos en forma de cruz. Las piernas también abiertas, como si a sus años, a sus muchos años, añorara ese placer sexual que nunca había disfrutado.

Pero su cuerpo, que cayó hacia atrás vestido, incluso con el chal sobre los hombros, ambas hermanas siempre habían vestido igual, pronto quedó sin ropa. Su asesino acababa de desnudarla.

La ropa, manchada de sangre, quedó a un lado, cerca de unas hierbas que, quién sabe, quizá sí tuvieran buenas propiedades para curar el asma.

Acto seguido, el asesino volvió a clavar el cuchillo en aquella carne. Esta vez para rasgarla en un incisivo corte desde lo alto del tórax hasta el bajo vientre.

CAPITULO IV

En medio de la animada charla, fue Frank Harold quien dijo a Julie, la viejecita que estaba tomándose muy a gusto su segunda taza de té:

—Hace ya mucho que su hermana ha salido de aquí. Ha sido antes de venir Pamela y Michael, y antes de venir usted, Paul... — Miró al hijo del posadero, que estaba encendiendo un cigarrillo—. Antes, también, de venir tú, Stefanie, y tu joven acompañante... Me parece que es demasiado tiempo. ¿No le habrá pasado algo? Quizá no se encuentre bien.

Reaccionando de pronto, unos y otros se mostraron preocupados. Sobre todo, claro está, su hermana gemela, quien, sintiéndose tan a gusto en aquella compañía, no se había dado cuenta de que el tiempo transcurría. Pero sí, Frank Harold tenía razón.

Salieron a buscarla.

Inútil.

Ni rastro de ella.

Entonces empezaron a asustarse seriamente.

—Quizá ha ido paseando hasta el bosque —dijo Robert, el viejo sirviente.

Su hija Judy movió negativamente la cabeza. Debió parecerle una tontería lo que su padre acababa de decir. Pero por lo visto le supo mal exponer su opinión, así que se limitó a aquel gesto y dejó, sin dar su parecer, a que optaran por ir a echar un vistazo por allí.

Pero lo que ciertamente parecía una idea sin mucha consistencia, resultó acertado. Allí estaba la anciana Norma.

¡Pero muerta!

¡Y desnuda!

¡Y lo que resultaba más aterrador y espeluznante, abierta en canal!

Aparecían a la vista las entrañas. El hígado, de color rojo oscuro, y los riñones, en la parte posterior del vientre a uno y otro lado de la región lumbar, y el corazón, con sus cuatro concavidades, con sus dos ventrículos de donde partían los grandes troncos arteriales y los dos aurículas, adonde iban a desembocar los grandes troncos venosos.

¡Todo a simple vista!,

Allí cerca, sobre la ropa de la víctima llena de sangre, había un papel escrito. Escrito, a juzgar por el trazo de la letra, con la mano izquierda. Pretendiendo, qué duda cabe, despistar los

rasgos normales que en manos de un grafólogo podían resultar harto comprometedores.

Decía:

«Para demostrar que soy capaz de hacerlo.»

Cuando Frank Harold leyó aquel escrito, se pudo a temblar como si un juez inapelable acabara de condenarle a muerte. A la más horrible y espantosa de las muertes.

—Ha sido él..., él..., estoy seguro —se puso a balbucear—. Ha querido demostrarme y así, escrito, lo deja constatado, que será capaz de hacerlo conmigo en cuanto se presente la ocasión. Ha sido un modo como otro de decirme que sus amenazas van en serio.

—¿Qué estás diciendo, tío? —le preguntó Stefanie.

—¿A quién te estás refiriendo? —inquirió a su vez su sobrino Michael.

Pero uno y otro sabían, de sobra, que la sombra de aquella pesadilla enloquecedora volvía a cernirse implacable sobre el tío y que la imagen del cirujano Jonathan Grassle acababa de cobrar en aquel instante una fuerza inusitada, abrumadora, realmente aplastante. ,

—Ha sido él..., él... —repitió. Pero esta vez añadió—: Ha sido el cirujano...

—¿El cirujano...? ¿Te refieres, acaso, a Jonathan Grassle? —preguntó Stefanie, queriendo hacer frente al verdadero quid de la cuestión.

—Sí, sí... —asintió Frank Harold, ciertamente tan trastornado que daba angustia mirarle.

—Es absurdo que pienses así —intervino Pamela, sacudiendo hacia atrás su rubia y esplendorosa cabellera—. Tan absurdo, Frank, que me extraña cómo tú, un hombre inteligente, no comprendas que nada tiene que ver esa pesadilla con la circunstancia, puramente casual, de que Jonathan Grassle se llame exactamente igual que...

—Tiene razón su prometida —repuso a su vez Paul Hal-pin, el hijo del posadero—. No tiene sentido que sospeche de él.

—Pero su hermana Norma —miró a la anciana Julie—, ha muerto asesinada, ¿no? —Frank Harold seguía cada vez más obsesionado—. Y ha muerto igual, de idéntica forma a mi propia muerte en esa pesadilla horrenda. ¿Eso no quiere decir nada?

—Una mera coincidencia, señor —dijo el viejo sirviente, queriendo tranquilizarle.

—Eso, señor, una coincidencia —repuso Judy, la doncella.

Todos querían sosegarle y nadie, por lo visto, lo lograba. Hasta que se dejó oír la voz de Robin Scott, quien especificó:

—A mí me parece que son demasiadas coincidencias...

—¿Verdad que sí? —y no se supo si Frank Harold se regocijaba de encontrar quien secundara su manera de ver las cosas, o si, por el contrario, ese mero hecho le helaba de espanto la sangre en las venas.

—De todos modos —dijo Robin Scott—, no puede acusar a Jonathan Grassle. No le asiste ese derecho.

—Pues yo creía que usted compartía conmigo el parecer... —empezó a decir Frank Harold.

—Comparto la opinión —manifestó el joven— de que ya son demasiadas coincidencias. Simplemente eso. Lo cual, bien mirado, ya resulta bastante significativo. En fin —abrevió—, hemos telefoneado a la policía y de momento no se puede hacer nada más.

—Pobre hermana mía —sollozó la anciana Julie.

En aquel instante se oyó la campanilla de la puerta principal. Alguien acababa de hacerla sonar con cierta insistencia.

—Es demasiado pronto para que sea la policía —dijo Pamela.

—Sí, demasiado pronto... —convino Frank Harold.

—Voy a ver quién es —dijo Robert, el viejo sirviente.

—¿Quieres que vaya yo? —se ofreció su hija Judy, la doncella.

Se había dado cuenta de que su padre se sentía medroso, acobardado. Que compartía, y quizá en mayor medida que los demás, el temor a ese asesino desconocido, cuya sombra parecía tomar forma en todos y cada uno de los rincones del viejo caserón.

—No, no, ya voy yo —dijo Robert.

Salió de aquella estancia y se dirigió, atravesando el vestíbulo, hacia la puerta principal.

Al poco había de presentarse nuevamente allí, haciéndoles saber quién era el visitante.

—El señor Grassle... Jonathan Grassle...

*

—Desea hablar con usted, señor Harold —dijo Robert, instantes después.

Frank Harold estaba sentado en un sillón cerca de la encendida chimenea. Fue una suerte que no se hallara en pie, pues debido a la impresión recibida quizá hubiera perdido la estabilidad.

—¿Quién ha dicho...? —y era como si no hubiera dado como bueno el estado de sus tímpanos.

Como si aquello fuera el hecho más inesperado que un mortal pudiera esperarse.

Desde luego, se apresuró a decir a su viejo sirviente que no, que no estaba dispuesto a recibir al visitante. Ni entonces ni nunca. Se refirió a él lo mismo que si se tratara del propio Satanás.

—Dígale que se vaya y que no vuelva nunca... Que no quiero que sus pies vuelvan a pisar este suelo.

—Le sugiero que se lo piense mejor —intercaló Robin Scott—. No creo razonable dejar de saber el motivo de su visita.

—Pero se trata de... de... ese hombre —tartamudeó Frank Harold—, De quien, por ser el mejor especialista en operaciones del corazón, puedo llegar a depender en un momento dado. Si la metralla se me moviera y resultara inevitable la intervención quirúrgica... No, no podría ir a otro doctor. Otro no podría garantizarme el éxito de la operación. Jonathan Grassler sí, ése podría garantizármela... Pero, pero... —seguía tartamudeando— ese hombre me odia, incluso me ha amenazado de muerte.

—Aun así, yo le aconsejo que le reciba —insistió Robin Scott—. Dese cuenta, dejar de hacerlo complicaría la situación, incluso, quizá, de un modo alarmante.

—¿Usted cree? —preguntó, ahora vacilando.

—Por descontado que sí —dijo Pamela—. Puede que venga en son de paz, dispuesto a que todo quede allanado entre vosotros.

—Yo no puedo consentir que se case con Stefanie. No conseguirá, por tanto, mi autorización. Le prometí a mi difunta esposa que haría lo humanamente posible para que Stefanie se casara con Michael. Y debo respetar su última voluntad...

—A pesar de tu negativa en ese sentido —Pamela daba la sensación de ser la menos impresionada de todos los presentes— quizá a Jonathan Grassle se le haya pasado el arrebató. Puede, pues, que venga dispuesto a darte la mano y a olvidar todo lo sucedido.

—Ojalá fuera así.

—Decídase, y hágale pasar, y recíbalos con la máxima naturalidad posible —repuso Robin Scott.

—Sí, hazlo, tío —dijo a su vez Michael—, Complicar las cosas nunca conduce a nada bueno.

—De acuerdo... De acuerdo... —y dirigiéndose a Robert, el viejo sirviente que permanecía quieto, inmóvil, en espera de su decisión, añadió—: Dígale que pase.

Todos quedaron silenciosos en espera de que apareciera el visitante. Casi puede decirse que al unísono contuvieron la respiración.

Instantes después, en efecto, Jonathan Grassle se presentaba allí ante ellos.

Se dejó ver sonriente, con gesto abierto, y cordial. Se dirigió rectamente hacia Frank Harold, con la diestra extendida.

—Vengo a presentarle mis disculpas... —dijo—. Mis más sinceras disculpas. Sé que me porté con usted de un modo impropio, indigno.

Seguía extendiendo la diestra, pero Frank Harold no se atrevía a estrechársela. Le daba la misma sensación que si la propia muerte, con una mueca tan grotesca como falsa, le tendiera la suya para de una vez atraparle y llevarle a su reino de tenebrosas y negras tinieblas.

Pero vio que todos los presentes clavaban en él su mirada, animándole, qué duda cabe, a aceptar aquella cordialidad que desde luego parecía sincera. Y comprendió, si bien tras unos segundos de dilación, de demora, que negarse a admitir esa amistad que tan generosamente se le brindaba, por lo menos daba esa impresión, hubiera equivalido, sin más, a declarar la guerra a un enemigo que a juzgar por todas las trazas llevaba las de ganar. A un enemigo en cuyas manos, desgraciadamente, podía caer en el momento más inesperado. No, no debía olvidar que, de serle precisa e imprescindible una intervención quirúrgica, era Jonathan Grassle, solamente él, la persona que podía practicársela, de la que, en conclusión, dependería su vida.

Hizo un esfuerzo, si bien un esfuerzo infrahumano, y extendió la mano, correspondiendo al saludo.

—No se preocupe usted por lo que pudimos decirnos de más —repuso Frank Harold—, Ya se sabe que cuando dos personas se acaloran, se extralimitan en uno u otro sentido.

—Fui yo el único que me extralimité —manifestó Jonathan Grassle— y creo que merezco la penitencia de hacerlo constar así ante sus amigos, familiares y quienes estos señores sean...

—Olvídelo, por favor —pero Frank Harold hubiera respirado más a gusto, mucho más a gusto, de creer en la buena fe del recién llegado.

Pero no, algo se le rebelaba dentro, algo en su interior no daba como buena aquella mansedumbre. Sin embargo, debía hacer ver que la admitía, que la aceptaba, y que, por lo demás, la agradecía. Así que terminó agregando:

—Permítame presentarle a...

Y le presentó a todos los que estaban allí. Y sin duda hubiera

surgido entre ellos una rápida cordialidad, a no ser porque en seguida fue puesto al corriente del horrible crimen que se había llevado a cabo en la persona de la anciana Norma.

Sabido esto, Jonathan Grassle se afectó de un modo visible, quedándose lívido. Por lo visto le horrorizaba la sola idea de que pidieran existir personas capaces de cometer una monstruosidad semejante.

—Pero ¿quién ha podido hacer una cosa así...?

—No lo sabemos —dijo Frank Harold, y le miró fijamente, escrutadoramente.

Pero sólo vio un rostro lívido. Un rostro del que no se sacaba ninguna conclusión.

—Debe haber sido un loco —repuso Pamela, con la mirada, asimismo, clavada en el cirujano—. Sólo un loco puede hacer una cosa así.

—Eso al menos suponemos... —murmuró Paul Halpin, el hijo del posadero.

—Ya hemos llamado a la policía —intercaló Michael—. No tardarán en llegar.

—Mi hermana está muerta, y eso ya no tiene remedio —gimió la anciana Julie.

—Pero usted querrá que ese asesinato no quede impune, ¿no es eso? —ahora era Robin Scott quien habló—. Por lo cual, si alguien de los presentes sabe algo, o sospecha algo —miró a los demás—, debe decirlo cuanto antes.

Era como si presintiera, o como si supiera, que aquellas personas allí reunidas, o por lo menos una de ellas, sabía algo importante. Algo que podía llevarles a esclarecer los hechos.

—¿Y dicen que han abierto el cadáver de arriba abajo...? —Jonathan Grassle parecía no terminar de creérselo—. ¿Y dicen que ha dejado a la vista el hígado, los riñones y...?

—...y el corazón —apuntó Frank Harold. Y al poco añadía—: Un espectáculo aterrador. Bueno, sin duda para usted no lo sería tanto, doctor Grassle. Usted está acostumbrado a ver corazones así, en medio del tórax abierto...

—Pero no en tales circunstancias —hizo constar el aludido con gravedad—. Mi misión consiste en salvar vidas, no en otra cosa.

—Sin embargo, a veces, a pesar suyo —empezó a decir Frank Harold—, supongo que...

—¿A qué se refiere? —preguntó Jonathan Grassle—. ¿A que a veces mis esfuerzos deben resultar inútiles para salvar una existencia que se debate entre la vida y la muerte sobre la mesa camilla del quirófano?

—Sí, me parece que se refería a eso... —dijo Pamela.

—Afortunadamente —repuso Jonathan Grassle—, ningún paciente ha perdido la vida bajo el corte de mi bisturí. A todos los he salvado. Modestia aparte, puedo jurar que es así y espero que así siga siendo...

Como si aquellas palabras, por perjurar, hubieran desencadenado las furias del cielo, empezó de pronto una violenta tormenta. Tan sumamente violenta que, entre rayos y truenos, la lluvia empezó a caer y siguió cayendo como si quisiera anegarlo todo.

—De aquí a mi casa hay muy poco trecho —terminó diciendo la anciana Julie—, pero con tanta lluvia, francamente, de momento no me atrevo...

—Se quedará a dormir aquí, sobran habitaciones —le ofreció Frank Harold.

—Es usted muy amable. Gracias.

—No faltaría más. Y tú también puedes quedarte, Paul... —se dirigió al hijo del posadero.

—Se lo agradezco, señor Harold, pero yo soy joven y aprovecharé un momento en que amaine...

—Telefonea a tu padre, a la posada —insistió Frank Harold—. Dile que te quedas aquí esta noche. Es lo más prudente, compréndelo, esto no tiene trazas de acabar.

—Me sabe mal molestarle...

—No es ninguna molestia. En cuanto a usted —se volvió hacia Robin— ha dicho que se llama Scott, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Puede quedarse igualmente. Aquí hay sitio para todos. Ya lo he dicho.

Robin Scott pensó que la oportunidad era única para tratar y conocer mejor a las personas que vivían en aquel caserón y para conocer y tratar, asimismo, a quienes lo frecuentaban. Una oportunidad que no hubiera sido inteligente rechazar.

—Muy agradecido, señor Harold —respondió—. Acepto su amable invitación en esta noche de perros.

—En cuanto a usted, señor Grassle, ya no hace falta decirlo. Esta es su casa —pero ahora, quieras que no, tembló la voz de Frank Harold.

—Me quedaré. Muy agradecido —le contestó el cirujano—. Con tanta lluvia es peligroso conducir.

En conclusión, se quedaron todos. ¿Por qué no, si sobraban habitaciones? Bien mirado, era lo más lógico y natural del mundo.

CAPITULO V

Cenaron bien. No cabía poner en duda que el viejo Robert era un buen cocinero y que tenía en su hija Judy una inestimable ayudanta.

Después de la cena se fueron a la sala y de nuevo allí, junto al fuego de la chimenea, tomaron el café. Los que quisieron, que no fueron todos. Stefanie dijo qué prefería abstenerse, a ella el café le quitaba el sueño.

Les sirvió Judy, con su siempre pulcro e inmaculado delantal. Estaba muy guapa. Tenía que estarlo porque lo era.

Aprovechando un momento oportuno, Paul Halpin alargó la mano y le presionó el brazo, requiriendo su atención. Entonces le dijo con voz queda:

—Te quiero.

Ella hizo un gesto de desinterés, de menosprecio, de quien ya está harta de oír siempre la misma cantinela. Le miró un instante, pero luego ya no volvió a hacerlo en el resto de la noche. Evidentemente deseaba desengañarle de una vez.

La policía había llegado un buen rato antes, pero el inspector se había limitado a unos brevísimos interrogatorios, a dar la orden para que una ambulancia llevara el cadáver a su correspondiente autopsia, y para decirles que un asunto urgente requería su presencia en otra parte.

—Volveré mañana, a primera hora —dijo, escueto.

Esto había sido todo, de momento, por parte de la policía.

Por lo que Robin Scott se dijo que con mayor motivo tenía que abrir bien los ojos y agudizar bien el oído. Para que ni el menor detalle visual pasara desapercibido ante sus pupilas, ni para que tampoco, ni el simple volar de una mosca, dejara de ser captado por su aparato auditivo.

Fue no mucho después, cuando Jonathan Grassle tuvo ocasión de acercarse al mueble bar, que era donde en aquel instante se hallaba Stefanie preparando un combinado. Su tío acababa de pedírselo.

Como la sala era una estancia amplísima, y como sea que el mueble bar se hallaba a un extremo de la misma, iban a poder hablar con tranquilidad. No les oírían los que se hallaban cerca de la encendida y crepitante chimenea.

—Stefanie... —empezó a decir el cirujano.

—Dime, Jonathan —y se había vuelto con naturalidad hacia él.

—Lamento mucho lo sucedido el otro día. No sé qué me pasó,

me excité de un modo incomprensible. Ya sé que tengo un carácter un tanto violento, y que peco de nervioso y excitable, pero de eso a amenazar a tu tío del modo que lo hice...

—No te preocupes. Todo eso ya está olvidado.

—Sí, me he disculpado, y tu tío se ha hecho cargo. Bueno, por lo menos quiero creer que ha sido así.

—No lo dudes, todo está ya olvidado.

—Lo malo es para mí —repuso—, que he comprendido que tú no me has querido nunca, y que me dijiste de hablar con tu tío sólo con la intención de que recibiera una rotunda negativa y me desanimara. No sabías como quitarte de encima a un admirador tan pesado como yo, ¿verdad?

—No es eso, Jonathan,, pero hazte cargo, estoy prometida a otro hombre.

—Si te hubieras enamorado de mí, eso no hubiera significado ningún impedimento, y tú lo sabes. Habrías roto las relaciones que te unen a tu primo Michael y... En fin, Stefanie, no te reprocho que no me quieras. Sé que al corazón no se manda y que en casos como éste lo mejor es claudicar. Y es lo que yo acabo de hacer. De todos modos, no tengo intenciones de renunciar a tu amistad. Espero que sigamos siendo buenos amigos.

—Me honrará tu amistad, Jonathan, puedes estar seguro de ello.

—Sólo me queda, no obstante, por decirte una cosa. Envidio a tu primo Michael. Le envidio tanto, que creo que, a pesar mío, le odio un poco.

—Michael no tiene la culpa de que no te quiera a ti, Jonathan, te lo aseguro.

—Sí la tiene. Si tú no le quisieras a él...

—No le quiero —le hizo saber la muchacha—. Nuestra boda va a ser de conveniencia, nada más. Por lo que, tanto él como yo, nos ceñimos a lo que conviene económicamente. Al margen de los sentimientos de él, y de los míos.

—En otra ocasión me hablarás de todo ello, ¿te parece?

—Sí, Jonathan.

Stefanie había preparado ya el combinado y fue a llevárselo a su tío. Pero apenas éste tuvo el vaso entre las manos, la muchacha oyó cómo su primo, que estaba allí cerca, se le dirigía con estas palabras:

—¿Qué te ha dicho...? ¿Te ha parecido de fiar...? ¿O crees, por el contrario, que nuestro tío tiene razón cuando piensa que puede ser, tal vez, el asesino?

—Jonathan ha estado muy correcto conmigo —dijo Stefanie—. Sí, me ha parecido enteramente de fiar. Por lo que no creo, en

absoluto, que sea el asesino... ¡Oh, no, esa idea es completamente absurda!

—Me tranquiliza oírte —repuso Michael.

—A mí no —masculló entre dientes Frank Harold—. No puedo fiarme. Desgraciadamente no puedo.

Instantes después, alejados de la chimenea, y por tanto del lugar en que se hallaba el dueño del caserón, Michael se dirigió así a la muchacha.

—Un momento, por favor.

Stefanie le miró.

—Dime.

—Estoy preocupado —dijo Michael.

—Sí, claro —asintió ella—. Es lo lógico con una muerte tan horrible.

—No me refiero a eso, sino a otra cosa.

—¿A qué otra cosa?

—Si no mediara entre nosotros la última voluntad de nuestra difunta tía, si no mediara, hablando claro, esas cien mil libras para cada uno el día de nuestra boda, ¿habrías rechazado las pretensiones amorosas del doctor Grassle? Me gustaría saberlo, Stefanie.

—¿Tanta importancia tiene este pormenor? —preguntó ella a su vez—. Yo creo, sinceramente, que tiene muchísima más importancia saber de fijo si Jonathan Grassle es o no es el asesino.

—Para mí, ambas cosas son de vital importancia. Hazte cargo —y desde luego a Michael se le veía muy preocupado—. Una cosa es que nuestra unión sea de conveniencia, y otra, muy distinta, que tú te cases conmigo estando enamorada de otro.

—Yo no te he dicho que lo esté del doctor Grassle.

—Pero todo lo hace presumir así. De no ser de este modo, no le hubieras traído aquí, para que convenciera a tu tío.

—¿Crees, sinceramente, que le traje para eso?

—¿Para qué si no...?

Stefanie pensó que no valía la pena explicarle el verdadero motivo que le indujo a llevar allí, al caserón, a aquel admirador que no cejaba en sus asedios, en sus pretensiones, y que, por tal, no la dejaba tranquila. Stefanie pensó que, de momento al menos, todo estaba demasiado complicado como para que valiera la pena tomarse el trabajo de hablar y de dilatarse en pormenores. Se limitó a decirle:

—No debemos perder el tiempo hablando de tonterías.

—Para mí, eso, no son tonterías.

—Preferiría, sin embargo, que te decidieras a deducir...

—A deducir, ¿qué?

—Si es posible, o no, que Jonathan Grassle sea el asesino.

—Acabas de decirme, Stefanie, que te ha parecido enteramente de fiar y que no crees, en absoluto, que sea el asesino. ¿En qué quedamos...?

—Estoy un poco confusa, ésta es la verdad —reconoció.

—Creo que lo estamos todos. Oye —cambió de tema un poco bruscamente—, ese tal Scott, Robin Scott, ¿de dónde sale?

—Es un amigo —respondió ella.

—¿Desde cuándo?

—Hace ya tiempo.

—No me lo habías nombrado nunca...

—No, es cierto.

—¿Y cómo te explicas eso?

La muchacha miró con atención a su primo Michael. Le encontró con una expresión que hasta entonces nunca viera en su rostro. Le preguntó:

—¿Es que vas a sentirte celoso a estas alturas?

Michael, a su vez, le respondió con otra pregunta:

—¿Tan extraño te parecería?

—Nuestra boda va a ser simplemente un acuerdo entre ambos...

—Eres una chica preciosa, y no debe extrañarle a nadie, y supongo que a ti menos que a nadie, que a base de mirarte como a mi futura esposa, haya empezado a sentir por ti aquello que no creía sentir.

*

Varios de los allí reunidos se habían retirado ya a sus respectivas habitaciones. Pero aún seguían junto a la chimenea Frank Harold, Pamela y Robin Scott.

Stefanie había demorado el momento de acostarse, pero finalmente se había decidido a hacerlo, quizá adivinando que Robin Scott buscaba la oportunidad de hablar a solas con Frank Harold. Debía, pues, facilitarle su pretensión.

Quedó allí, sin embargo, Pamela. Tan rubia, exuberante y llamativa como siempre. Pero también ella se decidió a ir a reposar. La jornada había estado cargada de emociones y la verdad es que todos se sentían cansados.

—Buenas noches, Frank —se despidió.

—Espera un poco más... —le rogó él.

—Lo que tú desees.

—Solía mostrarse muy modosita siempre que se dirigía al hombre dispuesto a olvidar su ajetreado pasado y a convertirla en

toda una dama. Una dama, por lo demás, forrada de dinero.

—Siéntate... —le indicó un asiento.

Pamela acababa de levantarse, pero se sentó de nuevo sin oponer objeción ninguna. Se quedó silenciosa, en espera de que él le dijera de qué se trataba.

Pero fue Robin Scott quien habló.

—Será mejor que yo me retire. No quiero pecar de indiscreto, y si van a conversar de sus cosas...

—No, puede quedarse —repuso Frank Harold—. Si es usted un buen amigo de mi querida sobrina Stefanie, no veo motivo ni razón para que se vaya. Por el contrario, quizá usted acierte, más sereno e imparcial que yo, a atar cabos con más acierto.

—Si ése es su deseo —lo era también el suyo, por descontado —, me quedo. Ojalá pueda ayudarle en algo.

—Pamela... —empezó a decir Frank Harold luego de una larga y embarazosa pausa—, voy a hacerte una pregunta, una pregunta sumamente delicada. Espero que me la respondas con la sinceridad que yo creo merecer.

—Hazme la pregunta que desees —sonrió Pamela de una forma verdaderamente seductora—. Sabes de sobra que no tengo secretos para ti.

—¿Cuándo conociste a Jonathan Grassle por primera vez...? —y lo preguntó con un tono que se esforzó por hacer suave y que resultó rudo, áspero.

—¿A Jonathan Grassle...? —por lo visto se había sorprendido tanto que no le resultaba fácil reaccionar.

No, no terminaba de encontrar sentido, ni razón, ni pies ni cabeza, a aquella pregunta.

Robin Scott dejó de mirarla a ella para mirar a Frank Harold, en espera, evidentemente, de lo que éste iba a decir.

—Sí, a él precisamente me estoy refiriendo... —repuso.

—Le he conocido hoy —dijo Pamela.

Robin Scott tenía sus ojos acerados fijos en ella. Le pareció sincera.

—Repítemelo, por favor... —rogó Frank Harold.

—Acabo de decírtelo, le he conocido hoy —dijo Pamela—. Se ha presentado cuando estábamos aquí. ¿Acaso ya no lo recuerdas?

Robin Scott dejó de observarla a ella para dedicar de nuevo su atención al dueño del caserón. De nuevo le tocaba hablar a él.

—Entonces, ¿antes de ahora no habíais sido presentados? —y el tono, sin duda a pesar suyo, siguió siendo duro y áspero.

—No le había visto en mi vida —repuso Pamela.

Ahora, Robin Scott la estaba mirando a ella. No cabe duda, para seguir fielmente aquel diálogo, estaba haciendo un buen

ejercicio de cuello. Como si estuviera contemplando un partido de tenis.

—Sin embargo, cabe la posibilidad de que él esté locamente enamorado de ti, ¿no crees?

—¿Enamorado de mí, sin conocerme? —Pamela no pudo evitar una risita—, ¡Qué cosas se te ocurren! ¿A qué viene esto, si puede saberse...?

Frank Harold no quiso explicar que se trataba de un sueño, de su pesadilla. Bastante enmarañado estaba todo, para que él, obsesionado, traumatizado, o lo que fuera, terminara de complicarlo aún más.

—Eres muy hermosa, Pamela, y lo normal es que los hombres pierdan la cabeza por ti...

—No te digo que no —contestó ella—; pero para eso resulta imprescindible que me conozcan, ¿no lo crees así?

—Entonces, ¿de verdad no os habéis conocido antes de hoy...? —insistió Frank Harold. ,

—No, ya te he dicho que no. Pero, por favor, Frank, a este paso vas a resultarme un enigma. Cada día que pasa te noto más raro.

—Discúlpame, cariño —consiguió suavizar la voz, no sin necesitar para ello un gran esfuerzo—, pero es que, desde que tuve aquella pesadilla, se me rompen los nervios...

—Pero, en definitiva, Frank: ¿Qué clase de pesadilla fue, exactamente, ésa? Aún no has querido, conmigo, referirte por entero a ella. Voy a sacar la conclusión de que me tienes muy poca confianza.

—No se trata de eso, Pamela. Nadie me merece más confianza que tú, pero no quiero parecerte ridículo.

—Sin embargo, ese temor no lo tienes cuando se trata de tus sobrinos. Porque a Michael y a Stefanie sí les has contado totalmente aquella pesadilla. Sí, lo sé, ellos mismos me lo han dicho. —No estaba molesta, o por lo menos no demostraba estarlo, pero por lo visto quería dejar bien colocados los puntos sobre las íes.

—Tenía que desahogarme con alguien, hazte cargo, y ellos son, en definitiva, mis sobrinos, más que eso, creo yo, porque por lo que respecta a Stefanie es como una auténtica hija para mí.

—Me alegra que sea así, Frank. Sé de sobra que hay sitio sobrado para las dos en tu corazón...

Sólo pronunciar esta última palabra, y ya Frank Harold, sin necesidad de más, se llevó hacia allí, hacia su corazón, su temblorosa mano. Era como si hubiera sentido que la metralla se le movía, le hería la carne, le rozaba el mismo corazón. Era como

si la metralla acabara de avisarle que de un momento a otro tendría que caer en las manos del más prestigioso cirujano en tales anomalías, Jonathan Grassle.

Pero su sensación fue sólo angustia, miedo. Una angustia y un miedo que a menudo se convertían en algo más, en pánico, en terror, en una impresión enloquecedora.

Frank Harold consiguió controlarse y dijo a la llamativa y rubia muchacha:

—Anda, no te preocupes, y vete a descansar. Mañana estaremos todos más tranquilos.

—Sí, creo que tienes razón. Es mejor que me vaya a la cama. Buenas noches, Frank —y seguidamente, mirando a Robin—: Buenas noches, señor Scott.

Les dejó solos. Exactamente lo que Robin Scott estaba esperando.

Pero lo que, por lo demás, también estaba esperando el propio Frank Harold.

*

Lo que había de demostrar sin demora, pues así que estuvieron sin testigos, le faltó tiempo para decir:

—Me inspira usted una gran confianza, señor Scott, y voy a demostrárselo ahora mismo, por las buenas, haciéndole partícipe de todas mis preocupaciones.

—Un hombre como usted, que ha triunfado en los negocios, en las finanzas, y que va a casarse con una mujer joven y bella, no creo que pueda tener otra preocupación que la de ese crimen horrible recién cometido —empezó a decir Robin Scott, queriendo facilitar su locuacidad.

—Se equivoca, en realidad mi preocupación va más allá, mucho más allá de lo que, pese a todo, no deja de ser un hecho capaz de erizar los cabellos a cualquiera. Lo cierto es que soy un hombre torturado por el miedo —se había puesto a temblar—. Lo que sin duda, por lo que ya sabe, por lo que ya ha oído —abrevió — habrá comprendido, aunque ahora intente quitarle importancia, posiblemente para no intranquilizarme más. Pero no he exagerado, el miedo me tiene agarrotado. Se lo voy a explicar todo. Ya se lo he dicho, me inspira usted una gran confianza.

—Me honra usted, señor Harold.

Frank Harold explicó detalladamente, minuciosamente, la pesadilla, y todo lo demás. No, no se dejó nada. Quiso ser total y absolutamente sincero, pensando, posiblemente, que sólo siéndolo podría encontrar tal vez la ayuda que tantísimo necesitaba.

—¿Se hace cargo, señor Scott? —terminó preguntándole.

—Sólo en cierta medida. No veo auténtica conexión entre su pesadilla, entre el hecho de que ese hombre se llame exactamente Jonathan Grassle, y ante la circunstancia de que el crimen de la anciana Norma se haya desarrollado de esa forma...

—El asesino la abrió de arriba abajo, dejándole a la vista el hígado, los riñones y el corazón... Exactamente como Jonathan Grassle hizo conmigo en la pesadilla. ¿A eso no se llama conexión?

—No, desde el punto de vista que yo lo miro.

—Pero usted dijo que ya eran demasiadas coincidencias, ¿no?, y que eso, de por sí, ya resultaba bastante significativo. Entonces, cuando dijo eso, no sabía cómo había sucedido todo, por lo menos no lo sabía con detalles, pero...

—También dije que no podía acusar a Jonathan Grassle, que no le asistía ese derecho. Puestos a recordar lo dicho, debemos recordarlo todo.

—Le seré sincero hasta el fondo de mí mismo, señor Scott —habló Frank Harold tras unos instantes de pausa, sin que decreciera su temblor—. Yo creo que el asesino es Jonathan Grassle, ni más ni menos. Creo que viniendo aquí y comportándose del modo que lo ha hecho, sólo ha pretendido y sigue pretendiendo, despistar... Creo me odia con todas sus fuerzas, pues cree que entre Stefanie y él, yo, sólo yo, soy el impedimento... Y creo, en definitiva, que espera el momento de que yo caiga en su poder...

—Para eso ha de estar enfermo —dijo Robin Scott— y, que yo sepa, su salud es perfecta desde hace más de treinta años.

—Pero presiento que me sentiré mal cualquier día de éstos... Y entonces, sólo entonces, ¿qué debo hacer? No ponerme en manos de Jonathan Grassle equivale a arriesgar mi vida de un modo casi suicida. Y fiarme de él... ¡Oh, ese solo pensamiento coloca cubitos de hielo en mi columna vertebral!

—Me parece que exagera. Sinceramente se lo digo. Aunque no me atrevería a asegurárselo...

—Si me operara Jonathan Grassle, ¿sabe lo que experimentaría cuando me entraran en camilla en el quirófano, antes de que me colocaran la mascarilla del cloroformo...? Pues sentiría la sensación de que allí mismo estaba la muerte, con su guadaña, riéndose de mi inocencia, de mi insensatez... Sí, riéndose...

—Le aconsejo que se lo tome con calma, señor Harold. Juicios de tal envergadura no pueden formularse a la ligera.

—¿Acaso no he demostrado calma? —preguntó—. He

aceptado las disculpas de ese hombre, he dado como buenos sus razonamientos e incluso le he ofrecido que pase la noche aquí. Más no se puede pedir.

—Desde luego que no —admitió Robin Scott—. Se ha portado usted de un modo muy razonable.

—Lo que no me impide, ya se lo he dicho al principio de esta conversación, estar torturado por el miedo.

—Me hago cargo, me hago cargo... Así que, queriendo corresponder a esa confianza que usted me ha dispensado, desde este mismo instante me propongo ayudarle.

—¡Oh, gracias! ¡Muchas gracias! —y el temblor pareció cederle.

—No tiene que dárme las.

—Pero ¿cómo va a ayudarme?

—De momento no lo sé. He de reconstruir los hechos, uno a uno, y ver de aclarar el ambiente. Un ambiente que, francamente!, de momento está muy turbio, muy tenso.

—De antemano le agradezco su buena voluntad hacia mí. Lo hace por Stefanie, ¿verdad? —preguntó.

—Es una muchacha encantadora.

—¿Está enamorado de ella? —quiso saber.

—Ella va a casarse con su primo Michael —respondió—. Mucho me temo que no pueda darme el lujo de enamorarme de ella.

—A esto quería referirme... —Frank Harold volvía a temblar—. Se tiene que casar con Michael, no le queda otro remedio. Me alegro que usted ya lo sepa.

—Sí, ya lo sé —asintió.

—Se trata —quiso que no lo ignorara— del último deseo de mi difunta esposa. Sí, me hizo prometer que Stefanie y Michael se unirían en matrimonio. De no tratarse de una cosa así, créame, cedería, y le diría a ese Jonathan Grassle que por mí podía casarse con mi sobrina cuando quisiera... De esta forma, aseguraría mi propia vida de serme precisa la intervención... Pero hay de por medio esa promesa, ¿comprende?

—Sí, perfectamente.

—Una promesa —aclaró— que debo respetar por dos poderosos motivos. El primero porque a mi ex esposa, sólo a ella, debo los muchos millones que ahora tengo, no, no he triunfado en los negocios, ni en las finanzas como usted ha dicho antes, simplemente hice una boda ventajosa. Y en segundo lugar, porque... voy a casarme con otra. Ya que voy a traicionarla en ese sentido, al menos quiero serle leal...

—Aunque se case con Pamela, usted no va a traicionar por

eso a su esposa. Ha muerto, desgraciadamente. Ya nada puede hacerse por ella.

—Podría respetar su recuerdo. Ella se merecería eso y más, se lo aseguro, era muy buena, y a mí siempre me quiso con toda su alma. Pero la carne es débil, señor Scott, y Pamela es demasiado atractiva. Y como sea que no cede a mis deseos a menos que antes medie el matrimonio, no me deja opción a elegir...

—Es fácil ponerme en su lugar.

—Pero, claro, no debo olvidarme del deseo de mi esposa, de su último deseo en el lecho de muerte. Stefanie y Michael deben casarse, o por lo menos yo debo hacer todo lo humanamente posible por conseguirlo. Sin embargo —seguía temblando—, eso... eso... deja mi vida pendiente de un hilo.

CAPITULO VI

Robin Scott había subido de dos en dos los peldaños de la escalera y ahora cruzaba el pasillo. Se dirigía a la habitación que le habían destinado, la tercera puerta a la derecha.

Pero al pasar por la segunda puerta, ésta se entreabrió levemente y por allí se deslizó un delicioso brazo de mujer que se fue hacia el suyo, sujetándose.

—Soy yo —dijo Pamela, pues se trataba de ella—. ¿No quiere pasar un momento?

El pasillo estaba a oscuras, pero en el dormitorio de la rubia y exuberante muchacha, desde la lamparita de la mesilla de noche, surgía una tenue luz. La suficiente para que Robin Scott se diera cuenta de que los ojos de Pamela le estaban mirando de un modo sumamente insinuante. Eran una clara y a la vez descarada invitación a todo lo que él gustara mandar.

—No me parecería correcto... —se excusó él, pero la verdad es que la tentación le cosquilleaba.

—¿Por qué no? —y sonriendo—: Ande, pase, hemos de hablar de algo muy importante.

—¿Sólo hablar? —preguntó.

—Tal vez algo más... si gusta. Pero aparte de eso —agregó—, me gustará que sepa algo que ignora. Me refiero al motivo de ese crimen.

—¿Sabe algo que no haya dicho a los demás? —se interesó.

—Sí —dijo ella.

—¿Y por qué ha callado?

—No me ha parecido prudente hablar. ¿A qué arriesgarse? No se gana nada nadando cuando no se ve la costa, ¿no le parece? Ande, no se haga el remolón, y entre.

Se decidió a meterse en la habitación, y Pamela, con discreción, sin apenas hacer ruido, cerró la puerta tras él. Desde luego, la muchacha rubia no se lanzó al ataque con la prontitud que su expresión hacía presumir, supo contenerse, y se limitó a decir:

—He oído una conversación que me ha dejado sin saber qué pensar...

—¿En serio?

—Sí, sí...

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó.

—Hace muy poco.

—Cuénteme.

—He oído hablar a Julie, a esa pobre anciana que acaba de

perder a su hermana gemela. Pero no he oído con quien hablaba, esto es lo malo...

—Prosiga —Robín Scott demostró todo el interés que sentía, que indudablemente era mucho.

—La he oído hablar a través de la puerta, a ella, a Julie, estaba en el pasillo... Decía: «Fui yo quien le sorprendió con aquella conversación. Fui yo quien oí aquellas palabras... Creyó que era Norma, ¿verdad?, y por eso la ha matado. No, no lo niegue, no va a servirle de nada. Pero, sépalo, Norma aún no sabía nada, ella y yo aún no habíamos hablado de ello. Mañana, así que llegue el inspector, pienso delatarle...» Desgraciadamente —añadió Pamela—, no he podido oír más. Se han alejado por el pasillo y ya no me ha sido posible captar sus voces...

—No me esperaba una revelación de tanta importancia —reconoció Robin Scott.

—Me merezco un premio, ¿no cree? —y no hizo falta la insinuación de su mirada, ni lo provocativo de su gesto, ni sus labios entreabiertos y tentadores que se le acercaban, para que sus intenciones quedaran bien definidas.

Para eso bastó y sobró el paso que dio hacia adelante, pegando materialmente su cuerpo contra el del hombre, que se excitó a su solo contacto. No podía en verdad ser de otra manera.

—Un premio que yo le concedería... encantado —dijo Robin Scott—. Pero usted, Pamela, es la prometida de Frank Harold, va a casarse con él, y por lo demás yo estoy de invitado en su propia casa...

—¿Quiere decir con esto que si nos hubiéramos conocido en otro lugar, en otras circunstancias, todo sería distinto?

—Por descontado que sí. En otro lugar, y en otras circunstancias sería más ético...

—Deme al menos un beso —y acercó su boca tanto a la de él, que la rozó.

—Si empiezo —dijo Robin Scott—, no va a serme fácil detenerme. A mí me funciona muy mal la marcha atrás. Así que, será mejor que me vaya cuanto antes.

—Recuerde al menos, lo que le he contado. Esa conversación que he oído no me ha gustado nada.

—A mí tampoco. Por descontado, pienso tenerla muy presente. Creo que ya tenemos entre los dedos el hilo que desenredará la madeja.

—¿En serio no se queda? —insistió.

—No, no...

—Le advierto que los hombres quedan muy complacidos de mí.

—Estoy convencido de ello. Para eso me basta mirar el fulgor abrasador de sus ojos y la pasión que anida en ellos. Pero debo irme, ya se lo he dicho, no sería ético.

—Tiene mucho aguante, señor Scott.

—No estoy muy convencido de ello.

Se fue de allí en seguida. Sabía que un segundo más y hubiera sido tarde. Habría caído rendido ante la voluptuosidad de aquella mujer rubia que estaba acostumbrada, muy acostumbrada, a tratar a los hombres. Ya en su dormitorio, Robin Scott reflexionó sobre lo que acababa de serle revelado. Tenía que pensar bien sobre todo aquello, no quería dar un paso en falso.

Decidió acostarse y dormir un par de horas. No le haría falta más para quedar con el cuerpo sobradamente descansado y la cabeza suficientemente clara para hacer frente, de manera eficaz, a aquella situación.

Se acostó, y cerró la luz luego de haberse fumado un cigarrillo. Pero no llegó a dormirse.

Apenas transcurridos unos instantes de permanecer a oscuras, oyó que se movía el pomo de la puerta. De una manera suave, discreta.

Alargó la mano hacia la mesilla de noche, con gesto rápido. Allí dejaba siempre su automática. Por si acaso.

Pero el caso no era para asustarse, ni para recelar de nada. Por lo menos en ese sentido. Se trataba de Pamela, que con el cuerpo cubierto con una bata sutil y liviana, acababa de colarse allí dentro.

—Soy Pamela... —murmuró.

—Ya lo veo —dijo él, incorporado sobre un codo.

Ella cerró la puerta. Luego dijo:

—Vengo a quedarme un rato. Sí, ya sé que no es ético. Pero si Frank perdona generosamente que por mí hayan pasado cien hombres, ¿qué importancia puede tener que sean ciento uno...? Yo creo que no mucha.

—No ha debido venir, no me gusta.

—¿Está seguro de que no le gusta? —y se deshizo de la bata que la cubría, deslizándose, desnuda, tibia, y apasionada, junto al cuerpo de él.

—No me gusta, pero la verdad es que me enardece... —confesó él.

—Eso me parecía. Tiene aspecto de ser muy hombre.

—Ya metido en el fregado, voy a demostrárselo bien demostrado, y valga, según se dice, la redundancia.

—Estupendo.

Las manos del hombre acariciaban ya los senos turgentes y

exuberantes, y el fino talle, y las caderas perfectamente moldeadas, y los muslos que, impúdicos, se entreabrían.

La boca del hombre besaba ya con ardor, con arrebató, aquellos labios femeninos que sabían responder a la caricia e incitar al máximo, buscando, sin duda, el goce rápido. No quería perder tiempo. Arriesgaba mucho estando en aquella habitación.

Los dos cuerpos sin ropa, pegados uno al otro, empezaron a sentir que se convertían en dos auténticos volcanes.

Dado el temperamento de él y el de ella, ciertamente no podía ser de otra forma. Ciertos combinados, qué duda cabe, resultan forzosamente explosivos.

*

Pamela se había ido de la habitación de Robin Scott. Satisfechos sus deseos, y bien satisfechos por cierto, ya nada le restaba por hacer allí.

El joven no siguió en la cama, no se olvidó de su automática, y pensó que debía, ante todo, cuidar de la anciana Julie.

Si ésta no se había equivocado en sus apreciaciones, y si, en efecto, aquellas palabras que Pamela había oído a través de la puerta se las había dicho al asesino, o asesina, su vida corría un grave riesgo. ¿Acaso no había terminado diciéndole que al día siguiente, así que llegara el inspector, pensaba delatarle...?

Robin Scott salió al pasillo y se acercó a una de aquellas puertas. Tres más allá de la suya. Era la que correspondía a la habitación que habían destinado a la anciana.

Sujetó el pomo y lo movió un poco, pero hizo ruido, intencionadamente. Estaba convencido de que Julie no dormiría y de que, al percatarse de que alguien estaba allí, diría algo.

En efecto, la oyó preguntar.

—¿Quién es...?

Robin Scott no respondió y se alejó. Se metió de nuevo en su dormitorio. Ya sabía lo que le interesaba, que la anciana Julie seguía bien, que nada malo le había sucedido en aquel rato. Por lo demás, había podido darse cuenta de que la anciana se había cerrado por dentro. Estaba, pues, segura. No debía albergar temores respecto a ella.

Sólo existía, quizá, una posibilidad de peligro. Que el asesino, trepando por la hiedra que cubría parte de la fachada del caserón, pudiera llegar hasta la ventana de su habitación. Una vez allí, entrar en la misma no había de resultarle harto difícil.

Así que, Robin Scott optó por colocarse cerca de la ventana y desde allí otear el exterior, y tener así la seguridad de que nadie

atentaba contra su seguridad. Esta quedaba garantizada por su vigilancia, máxime cuando sabía que el asesino, debido a que la puerta del pasillo permanecía cerrada, tampoco podía entrar por allí sin hacer ruido.

Pero Robin Scott no contaba con que la anciana Julie iba a cometer una solemne tontería. Creyéndose lista, astuta, se dijo que, puesto que había dicho que delataría al culpable así que llegara el inspector al caserón, le interesaba marcharse de allí antes de dar ocasión a que pudiera sucederle algo malo.

El asesino daría por seguro que ella no se movería de la habitación hasta el día siguiente, ¿no? Pues debía sorprenderle con una reacción inesperada. Marchándose de allí, así que cesara la tormenta, sin que nadie se diera cuenta, y yendo directamente, sin más, en busca de la policía. Si se quedaba, puede que el asesino, de una manera u otra, se las ingeniara para acabar con su vida.

Decidida a irse, la anciana Julie estuvo esperando un buen rato. Estaba ya casi dispuesta a salir, cuando oyó que alguien movía el pomo de la puerta. Preguntó quién era y al no recibir respuesta dio por descontado que se trataba del asesino que quería averiguar si se había cerrado o no por dentro.

Pensó, entonces, que le convenía esperar un rato más. Bastante más para ir sobre seguro.

La pobre no sabía que el asesino permanecía al acecho.

El asesino estaba seguro de que los nervios de la anciana Julie, minuto antes o después, le jugarían una mala pasada, haciéndole salir de su madriguera. Conocía su carácter nervioso, y daba por sentado que así iba a suceder.

Serían más de las tres, cuando la anciana abandonó su habitación, salió al pasillo y descendió lentamente, sin hacer el menor ruido, la ancha escalera. Ya abajo, cruzó el vestíbulo y se dirigió hacia la puerta de salida.

Unos instantes después se alejaba ya del caserón, convencida, totalmente convencida, de que había obrado con mucha suspicacia y de que todo, en consecuencia, iba a salirle bien.

Pero no lo creyó por mucho tiempo.

Apenas se había alejado unos cincuenta metros del caserón, cuando oyó que alguien le seguía los pasos. Aceleró los suyos, pero los otros, tras ella, hicieron otro tanto.

En menos de medio minuto la alcanzarían. Sus pasos eran pequeños, breves, de una mujer que lleva ya muchos años sobre sus espaldas. Los que le seguían eran largos, rápidos, de una persona joven.

Estaba perdida.

Lo supo sin necesidad de girarse.

Pero se giró.

Si allí estaba, entre las sombras de la noche.

—No ha debido salir de su habitación —oyó que le decía—. Ha sido una temeridad. Una temeridad que va a pagar muy caro.

—¿Qué va a hacer conmigo? —preguntó la anciana Julie, sintiéndose un reo subiendo los peldaños de un cadalso.

—Lo mismo que hice con su hermana —fue la respuesta rápida, que no necesitó reflexión.

—Y si yo le prometiera que no diré al inspector, ni a nadie... —sabía que todo era inútil, que su vida estaba ya inexorablemente sentenciada.

Aun así, quiso intentarlo. Con eso no perdía nada. ¿Qué iba a perder si ya lo tenía todo perdido?

—Me gusta jugar sobre seguro —dijo—. Y su silencio sólo puedo tenerlo asegurado si le cierro la boca para siempre.

—¿Entonces...?

—Se lo he dicho ya, haré con usted lo mismo que hice con su hermana gemela.

—¿Se refiere a que me matará, o se refiere, también, a que me abrirá de arriba abajo...?

Sentía la curiosidad de saberlo. Era una curiosidad tan morbosa como espeluznante, pero no podía evitarla.

—Ambas cosas... —la respuesta no dejó lugar a dudas.

En la diestra del que acababa de hablar, surgió el filo cortante, afiladísimo, de un cuchillo de grandes proporciones.

CAPITULO VII

Así que Robin Scott oyó decir que la anciana Julie no estaba en su habitación, comprendió la tontería que había hecho. Debía haberse marchado, creyendo que así, de ese modo, se burlaba del asesino.

Grave error el suyo.

E irreparable.

Seguro.

Pronto pudieron los ocupantes del caserón unos y otros, darse cuenta de ello. El cadáver de la anciana apareció muy cerca de donde, con anterioridad, encontraron a su hermana gemela.

—Pero el cadáver ha sido trasladado... —Robin Scott sacó esta conclusión tras un par de observaciones; y añadió—: Debieron quitarle la vida en otro lugar, y luego traerla aquí...

El cuerpo sin vida aparecía de idéntica forma a como fue hallado el otro, el de la hermana. ¡Desnuda! ¡Abierta en canal!

Y allí, sobre la ropa llena de sangre de la víctima, igual que en el caso de su hermana, había un papel escrito. Decía en esta ocasión:

«Para demostrar, una vez más, que seré capaz de hacerlo. A menos que sepa usted rectificar...»

Cuando Frank Harold leyó estas líneas, no supo ni lo que le pasaba. Si hubiera sufrido un infarto, le habría parecido lo más lógico y natural del mundo.

A su alrededor estaban todos.

Todos los que él, aquella noche, debido a la inesperada tormenta, había cobijado en el caserón.

Pero en ese momento ninguno parecía saber qué decir. Por lo visto aquel instante estaba sometido a una excesiva intensidad.

Por lo demás, la presencia de Jonathan Grassle, sobre quien recaían, en mayor o menor medida, las sospechas, hacía que ni unos ni otros se animaran a despegar los labios.

—¡Inconcebible! —comentó finalmente el cirujano, que era el vivo retrato de la perplejidad—. ¡Inconcebible!

—Las dos hermanas muertas, y de idéntica forma, en tan poco tiempo —dijo Stefanie—. Tiene que existir un por qué... —y miró a Jonathan Grassle.

Quiso averiguar si su perplejidad era sincera o fingida.

—Debe tratarse de un perturbado mental —repuso Jonathan Grassle—. ¿No son ustedes del mismo parecer?

—No sabría qué decirle...—contestó Frank Harold, que no conseguía mantener la serenidad.

—¿Un perturbado mental? —fue Michael quien repitió la pregunta—. No me inclino por esa explicación.

—Entonces, ¿por cuál...? —preguntó Paul Halpin, el hijo del posadero.

—No sé... Francamente no lo sé... —dijo Michael seguidamente—. Si tuviera una pista, me faltaría tiempo para ponerla en conocimiento del inspector así que le tuviera delante. ¿Qué les parece, tardará en llegar? Yo, sinceramente, tengo ya ganas de que aparezca.

—Será en buena hora —se permitió intervenir y opinar Robert, el viejo sirviente—. Si se muestra más competente que ayer.

—Creo que no estaría de más que contratáramos los servicios de un buen detective —dijo a su vez Judy, su guapa hija.

— ¿De un detective? —inquirió Robin Scott—. ¿Para qué...? Lo considero totalmente innecesario.

—¿Usted cree? —inquirió Paul Halpin—. Pues a mí, sinceramente, la sugerencia de Judy me ha parecido muy oportuna.

La había mirado con tanta admiración y entusiasmo, que Robin Scott pensó que, todo lo que dijera Judy, tenía asegurado de antemano, no cabía dudarlo, el beneplácito del joven.

—Opino —dijo Robin Scott— que sin ayudas de terceros nosotros debemos bastarnos y sobrnos para aclarar este caso. Si el inspector lo averigua todo antes de darnos tiempo a intervenir, tanto mejor, en caso contrario, ¿acaso no tenemos nosotros una mente con la que recapacitar, meditar, considerar y razonar debidamente?

—Le veo muy optimista al respecto —repuso Paul Halpin—. Demasiado, francamente se lo digo.

—Además, meterse en líos —consideró Michael— puede acarrearlos algún serio disgusto, ¿no creen?

—El inspector dará caza a ese loco asesino —manifestó Jonathan Grassle—. Estoy convencido.

—¿Confía ciertamente en ello...? —preguntó Frank Harold.

—Sí, claro que sí —afirmó el aludido.

—Pero el asesino —apuntó Paul Halpin— no debe ser tonto y sin duda debe haber tomado sus precauciones...

—Todos los asesinos se creen inteligentes —dijo Robin Scott — y algunos, posiblemente, lo son, pero les falla algo siempre, sin excepción. En ese caso me baso yo, para dar por descontado que cometerá un error... Y entonces ya no habrá que darle más vueltas

al asunto, le habremos desenmascarado. ¿Ven qué sencillo?

—Diría que quiere guasearse de nosotros —apuntó Michael—, si no fuera porque lo dice de una forma...

—...que infunde serenidad y confianza —concluyó Stefanie con una sonrisa.

—Eso iba a decir —convino Michael—. Aunque háganse cargo todos ustedes —agregó—, la muerte merodea a nuestro alrededor y esto no podemos tomárnoslo a la ligera.

—Creo que acabo de oír el motor de un coche, debe ser el inspector —dijo Robert, el viejo sirviente.

—Sí, es él —asintió su hija Judy que se había dirigido hacia una de las ventanas y acababa de mirar a través de los cristales.

Efectivamente, se trataba del inspector.

El día antes dijo que acudiría por la mañana a primera hora, pero entonces estaba lejos de imaginar que, a la muerte de la anciana Norma, habría que añadir la de su hermana gemela.

En esta ocasión, ya sin las prisas del día antes, se dedicó a interrogar concienzudamente a todos. Parecía tener empeño en aclarar pronto el caso.

De todos modos, su empeño no le sirvió de mucho. Nadie dijo nada que valiera la pena. Pudo decirlo, tal vez, Pamela, repitiendo lo que ya dijera a Robin Scott. Y éste pudo, asimismo, decir lo que Pamela le había contado a él. Pero ambos callaron, posiblemente porque sabían que sus argumentos hubieran resultado inconscientes, sin base firme. No eran más que un mal embastado, que en definitiva no podía conducir a ninguna parte.

Por su lado, Frank Harold tuvo buen cuidado de no hablar de más. Le dieron ganas de decir, de gritar más bien, que Jonathan Grassle era el asesino. Prueba evidente que mataba en la realidad del mismo modo que le había matado a él en la pesadilla. Pero no, hubiera resultado insensato, irracional y descabellado expresarse en tales términos. Lo sabía. Así que calló. Fue uno más en callar.

Finalmente el inspector se marchó del caserón. Se limitó a asegurar que todo se aclararía a su debido tiempo.

Instantes después, se fue también Jonathan Grassle. Dijo que no podía postergar más tiempo sus obligaciones.

Otro tanto hizo Paul Halpin, tras agradecer a Frank Harold la hospitalidad que le había brindado durante aquella pasada noche.

En cuanto a Michael y Stefanie, no tardaron por su parte en salir también de la estancia. Ella se fue hacia la cocina, para disponer con Judy unos cuantos pormenores de orden doméstico. El se dirigió hacia el despacho, deseaba escribir unas cartas.

Frank Harold se quedó solo.

Robin Scott dijo:

—Me alegro de que se hayan ido los demás, señor Harold. Así podremos hablar con entera libertad.

—¿Sí...?

—En nuestra última conversación, quedaron sueltos demasiados pormenores, ¿no es usted de mi mismo parecer?

—No sé exactamente a qué alude.

—Usted cree que el asesino es Jonathan Grassle, y que tales muertes las lleva a cabo para demostrarle que es capaz de hacerlo, y de que, en conclusión, lo hará con usted mismo así que usted caiga en sus manos, ¿verdad?

—Sí, lo creo. Lo creía ya antes. ¿Cómo no voy a creerlo ahora, después del nuevo escrito que ha sido hallado junto al cadáver de la anciana Julie...? Más claro no puede estar. Son unas palabras que equivalen a una sentencia.

—Todo se debe a aquella pesadilla que sufrió.

—Sí, sí... —asintió.

—No obstante, entre su pesadilla y la realidad no hay una auténtica relación, no existe un verdadero acoplamiento. En conclusión, una y otra no se ajustan, no encajan en modo alguno.

—¿A qué se refiere...?

—Sólo puedo referirme a una cosa, y usted lo sabe, no hace falta que yo se lo diga. En su pesadilla, el doctor Jonathan Grassle amaba a Pamela, a su prometida, no a su sobrina Stefanie... Puestas así las cosas...

—Sí, claro, tiene usted razón —admitió Frank Harold—, entre pesadilla y realidad no existe una auténtica conexión, un verdadero acoplamiento, debo admitirlo. Por descontado que sí.

—Y esa circunstancia —dijo Robin Scott—, hace que usted se encuentre sin saber, ¿cómo le diría yo?, sin saber... sin sospechar o no de Pamela. Por lo menos —agregó—, esto es lo que yo deduje de lo que usted y ella hablaron ayer noche. Usted no las tiene todas consigo, de eso, sin duda, su empeño en saber si Pamela conoce a Jonathan Grassle más de lo que las apariencias parecen indicar...

—No va equivocado en sus apreciaciones. He llegado a sospechar eso y mil cosas más. ¿A qué voy a negárselo si usted ha sido lo suficientemente perspicaz para adivinarlo? Pero de tratarse de algo así —observó—, de algo entre ellos, en ese caso,

¿por qué había de pedirme Jonathan Grassle la mano de Stefanie? Si así lo hizo, es porque la ama a ella... A ella, no a Pamela...

—Soy de su mismo parecer —asintió Robin Scott.

—Pero debo reconocer, que a veces me asaltan dudas, recelos. Yo qué sé...

—Dado su estado de ánimo, no me extraña. Está usted pasando un momento anímico, psíquico, que no favorece su buen juicio.

—¿Qué quiere decirme con esto exactamente...? —preguntó.

—Que el asunto de esa pesadilla y el de esa realidad, yo lo veo sencillo, elemental. Y es una lástima que usted no lo vea de igual manera. Por desgracia —añadió—, no está tan claro el asunto de esas dos muertes.

—¿Ha dicho que es sencillo, elemental, lo de mi pesadilla? Supongo que no lo dice en serio, que bromea.

—No, no bromeo.

—¿Quiere, entonces, explicármelo un poco más claro para que yo le entienda mejor?

—Se lo explicaré en otro momento, así que tenga pruebas que ofrecerle. Hasta ese instante, no obstante, le aconsejo que no se atormente inútilmente.

—¿Cómo no voy a atormentarme, si ignoro si Pamela juega o no con doble baraja...? ¿Cómo no voy a vivir angustiado, si por otra parte creo que es la mano de Stefanie la que debo conceder a Jonathan Grassle? ¿Cómo voy a permanecer sereno —inquirió seguidamente—, si estoy hecho un lío...? Un lío que va a acabar con mi razón.

—Concédame un poco de confianza y yo le aseguro que todo se arreglará.

—Quiero creerlo así.

—Una pregunta para finalizar.

—Hágamela.

—En su pesadilla, ¿vio usted preciso, claro, límpido, el rostro de Jonathan Grassle? ¿Había semejanza entre tal rostro y el del propio Jonathan Grassle?

—Cuando en mi pesadilla quise reparar bien en el rostro del cirujano que decía que iba a matarme, lo veía todo turbio, borroso, impreciso, debido al cloroformo.

—De acuerdo. Ya sé suficiente —y Robin Scott zanjó así, sin necesidad de más, esta conversación.

CAPITULO VIII

Hacía ya tres noches que Robin Scott pernoctaba en la posada de Higgurs, en aquella pequeña localidad, en cuyas afueras, al mismo borde de la carretera, se hallaba el caserón propiedad de Frank Harold.

Había dialogado en varias ocasiones con Paul Halpin, el hijo del posadero, pero de un modo superficial, sin profundizar en ningún tema, ni siquiera en el de aquellos dos horribles muertes.

Robin Scott se había ausentado más de una vez del lugar, en su ñamante coche, pero no había dicho a nadie, ni siquiera a Stefanie, adonde iba.

Sin embargo, a diario había acudido al caserón, no queriendo desatender en absoluto el asunto que, sinceramente, le llevaba un poco de cabeza. Aunque por otra parte, modestia aparte, estaba ya seguro de saber cómo desenvolverlo. Pero necesitaba concederse un poco de tiempo.

Pero si iba al caserón, y a veces más de una vez al día, no sólo se debía a la misión que le había encomendado, o mejor dicho, a la tarea que él mismo se había adjudicado, sino que se debía a otra circunstancia, ésta, por descontado, fácil de presumir. Stefanie le gustaba, y mucho. Demasiado para ser capaz de dejarla a merced de cualquier peligro.

—Mi tío confía mucho en ti —le dijo la muchacha en una ocasión.

—Tú también debes confiar —repuso él—. Ya verás cómo no os defraudaré a ninguno de los dos.

—Te noto muy reservado conmigo —apuntó la muchacha seguidamente—. Y eso me extraña un poco, ¿sabes? Has venido aquí, entre nosotros, por mediación mía. Lo natural sería —consideró—, que cuando estuviéramos a solas te sinceraras...

—Puesto que lo deseas, allá voy —y exclamó, con énfasis—: Me gustas cada día más. Me gustas tanto, que el sólo hecho de mirarte me corta la respiración.

—Te sales por la tangente, ¿eh?

—Es posible. De todos modos, y ahora va en serio —pero su tono bromeaba—, me paso las noches sin dormir pensando en ti.

—Si alguna noche te la pasas sin dormir, seguro que es porque estás haciendo el amor a una mujer.

—Ojalá ésa fueras tú.

—No lo soy, ni es fácil que lo sea. Me precio de muy moderna, pero en ese sentido prefiero ser algo chapada a la antigua. Eso de acostarme con un hombre, así por las buenas, por

el mero hecho de que me atraiga, por mucho que me atraiga...

—Con esto quieres decir, que si no fueras algo chapada a la antigua, te rendirías encantada a mis caricias porque, evidentemente, te atraigo mucho...

—Sí... —reconoció ella, sin ruborizarse.

—Bueno, bueno... —y ahora sin bromear—, tendré que pensar en eso de... «para lo bueno y, para lo malo, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe».

—No eres capaz de pensar seriamente en eso —sonrió Stefanie—, ni aunque te condenaran a galeras.

Ahora iba Robin Scott recordando esta conversación, y él también sonreía. Venía de lejos. Había hecho varios cientos de kilómetros, por cierto a gran velocidad. Ya estaba llegando de nuevo a la localidad de Higgurs. Antes de cinco minutos estaría de nuevo en el interior de la posada.

Lo estuvo.

Por lo que, una vez allí, fue directamente en busca de Paul Halpin. Como no había apenas clientes, seguro que le encontraría dispuesto a conversar.

—¿Podríamos hablar?

—Claro que sí, señor Scott.

—A solas —especificó.

—Venga aquí.

Le condujo a una estancia apartada. Donde sólo había un pequeño mueble, un par de silloncitos con un tapizado ya muy deteriorado, y una mesa baja con unos cuantos periódicos y revistas atrasadas.

—¿De qué se trata?

—Usted conoce bien a Frank Harold, ¿verdad? —fue la primera pregunta.

—Sí.

—¿Y a Pamela, su prometida?

—Sí.

—¿Y a sus sobrinos, Michael y Stefanie?

—Sí.

—¿Y a los sirvientes? Al viejo Robert y a Judy, su hija...

—A todos ellos los conozco perfectamente.

—Pues me interesaría muchísimo que me hablara de ellos. Si no ha de molestarle...

—¿Por qué había de molestarme? Estoy a su disposición.

—Es usted muy amable.

—Se trata de algo más que de eso, señor Scott —reconoció, con gesto abierto—. Estoy enamorado de Judy y no quisiera que pudiera sucederle ninguna desgracia, ¿comprende? El asesino, por

lo visto, merodea muy cerca del caserón.

—Me hago cargo de tus temores. Bueno, empiece... —y para darle una pauta a seguir, para encauzar el tema—. Empiece por decirme cómo es el viejo Robert y su hija Judy, aunque me imagino, que si está enamorado de ella, sólo tendrá palabras de elogio para ambos...

—No del todo —contestó Paul Halpin—. Sinceramente, no del todo. El viejo Robert es un hombre honesto, fiel, leal, un digno sirviente. Ahora bien, en cuanto a su hija, ya es distinto. Se mira al espejo, se ve guapa y tiene la cabeza llena de sueños de grandeza. Por eso no quiere saber nada de mí, no le seduce en absoluto la idea de casarse conmigo. Esta posada es poco para ella. De todos modos, yo la amo, ya se lo he dicho, y no quisiera que le sucediera nada malo.

—Es lógico. ¿Y qué me dice del sobrino de Frank Harold? De Michael...?

—Es un joven que siempre lleva la camisa inmaculadamente blanca, que jamás deja caer al suelo la ceniza de su cigarrillo, que incluso a veces se afeita dos veces al día, en conclusión, es sumamente pulcro y aseado. Pero resulta un joven apocado, de escasas palabras, muy poco brillante.

—¿Y qué me dice de Stefanie?

—Es preciosa, eso salta a la vista. A no ser por esas cien mil libras que cobrará el día que se case con su primo Michael, seguro que hubiera elegido a otro. Pero ya sabe uno lo que es la vida, el dinero mueve montañas.

—Y de las ancianas Norma y Julie, ¿qué me dice?

—No puedo comprender que hayan muerto asesinadas. Eran dos simpáticas viejecitas que nunca habían hecho daño a nadie.

—Queda hablar de Pamela.

—Dejó su pueblo cuando apenas había cumplido los dieciséis años. Ya en la ciudad, se dedicó a la prostitución. Entonces conoció a un empresario y éste la contrató para su revista. Ella esperaba triunfar y llegar a primera figura, pero de corista no pudo pasar. De todas formas, eso siempre era más decoroso o al menos más decorativo que estar plantada en la calle, junto a un farol, esperando que pasara un cliente...

—Pronto se casará con Frank Harold. Finalmente van a salirle bien las cosas, ¿no le parece?

—Sí. Pero no la creo capaz de ser fiel a un solo hombre, y menos a un hombre que ha rebasado ya los cincuenta años, así que yo del señor Harold no me fiaría de ella.

—Hablemos de nuestro último personaje... —observó Robin Scott.

—¿Queda alguien más?

—Sí.

—No caigo en este momento.

—El propio señor Harold. Frank Harold, ese hombre de fortuna cuantiosísima que...

—...que es sumamente sencillo, extremadamente cordial, y que siempre se ha portado inmejorablemente con todo el mundo —dijo Paul Halpin—. Incluso con su difunta esposa, a la que, pese a todo, nunca llegó a querer de verdad.

—Ella era la rica.

—Sí. Frank Harold no tenía nada cuando la conoció. Pero ella se enamoró intensamente y la boda no tardó en celebrarse. Fue la oportunidad de Frank Harold, que por descontado no desaprovechó.

—Pues bien, hemos llegado al final de esta relación... —detalló Robin Scott—. A menos que sea usted tan amable y no le importe hablarme de...

—¿De quién? Ya no queda nadie más.

—A menos que sea usted tan amable —repitió Robin Scott—, y no le importe hablarme de... —y esta vez concluyó—, de usted mismo.

—¿De mí? —se asombró—. ¿Qué puedo decirle yo de mí mismo? Pues no... no sé... —balbuceó—, soy un hombre normal y corriente. Soy una de esas personas que no descuellan en nada y que quizá por eso, sin ninguna duda, tampoco pueden ambicionar nada.

—¿Usted no ambiciona nada? —hizo hincapié en ello.

—No, nada. Bueno —se apresuró a puntualizar—, ambiciono casarme con Judy. Pero ya me he desengañado, ésta es la verdad. La chica es demasiado guapa y no parará hasta que encuentre algún rico...

—¿Cree que lo encontrará?

—Estoy seguro.

—Y sólo de pensarlo se siente rabioso, desesperado, lleno de celos, ¿no? —quiso ver cuál era su reacción.

—Sólo de pensarlo —corrigió Paul Halpin—, me siento desgraciado. No es lo mismo. La diferencia es estimable.

—Sí, creo que sí —convino Robin Scott—. Discúlpeme si he dicho alguna inconveniencia.

—Disculpado.

*

Robin Scott no había de tardar en reflexionar en los

siguientes términos.

Si el cadáver de la anciana Julie fue llevado al mismo sitio donde apareció el de su hermana Norma, ¿qué pretendía el asesino? ¿Por qué llevarlo, exactamente, a esa zona?

Respuesta lógica, porque el asesino pretendía que se investigase por allí...

En consecuencia, el asesino pretendía dar caza a quien más le estaba molestando. ¿Quién podía ser ése? El inspector de policía, no, evidentemente no, cada día se le veía más a la deriva. ¿Entonces...?

Respuesta lógica, en todo caso pretendía darle caza a él, Robin Scott. Porque él, sin lugar a dudas, y desde luego a sabiendas, estaba demostrando ante unos y otros que se llevaba entre ceja y ceja la idea de aclarar el asunto y de desenmascarar al culpable.

No había por qué darle más vueltas al asunto. El asesino quería atraerle hacia allí y él no iba a desoír su invitación.

Allí estaría, en aquel lugar del bosque, antes de diez minutos. Al volante de su coche, quizá en menos tiempo aún. Ya vería lo que pasaba.

No podía, o por lo menos no quería, seguir cruzado de brazos. Para su carácter temperamental, y para su extrema vitalidad, esa postura era muy incómoda. Por lo menos muy cansada.

Ya allí, en aquel lugar del bosque, en efecto muy pocos minutos después, Robin Scott se decidió, ante todo, a lanzar una mirada a su alrededor. Sabía que lo más imprevisible podía surgir en cualquier lugar.

Reparó, aunque la noche empezaba a enseñorearse del ambiente, en que la tierra estaba aún húmeda. No en vano había llovido tan intensamente la noche de la tormenta. Por lo demás, desde entonces, no había lucido el sol.

Pero le sorprendió ver las huellas de unas pisadas. Unas pisadas que, indudablemente, podían llevarle adonde pretendía llegar.

Aunque, ¿cómo Seguían allí esas huellas? O mejor dicho, ¿cómo era que «estaban allí»? Cuando días antes se presentó en ese lugar el inspector, tales huellas no existían.

En conclusión, pues, eran recientes...

Puso en ellas toda su atención. Aparecían entre la hierba y los matorrales. Se alejaban. Se internaban en el bosque. En el cada vez más frondoso y tupido bosque. De ello, seguir el camino que trazaba esas huellas equivalía a afrontar un grave riesgo. Indudablemente, donde acababan esas huellas estaría el asesino.

O podía estar. No cabía la menor duda.

Pero Robin Scott no era hombre fácil de amedrentar. Todo lo contrario. Se crecía increíblemente ante el peligro.

Por otra parte, nunca había vacilado. No iba a hacerlo ahora. Eso lo dejaba para los pusilánimes. Además, él nunca iba solo cuando presentía que las cosas podían ponerse feas. Llevaba la automática en su funda, junto al sobaco. Era un contacto que le encantaba, suave y confortador.

Pasados un par de minutos, llegó a un lugar en que las pisadas desaparecían de un modo, al parecer, definitivo. Debido, sin duda, a la hojarasca que cubría toda aquella zona. Una zona donde algunos árboles, muy altos, alargaban sus ramas desnudas como si brazos de esqueleto se tratara. Aunque los demás árboles se ofrecían tan frondosos y tupidos que las ramas ni se veían ni se adivinaban.

Las sombras de la noche crecían, se agrupaban, hacían cada vez más completa la oscuridad. Eso favorecería al asesino, si es que estaba por allí...

Pero éste era el único modo de que el asesino, consciente de su ventaja, se atreviera a atacar. Y sólo así, si atacaba, podría enfrentarse a él.

Robin Scott, sin embargo, estaba lejos de esperarse la clase de trampa, de celada, que le esperaba. Una celada tan meticulosamente pensada, una trampa tan concienzudamente solapada, que desde luego era difícil presumirla.

Sucedió de pronto.

Alguien cortó la cuerda que sujetaba baja y tirante la rama de un árbol, y ésta se disparó violentamente hacia arriba. Y el mecanismo estaba planeado de tal modo y forma, que al mismo tiempo otra cuerda, a su término convertida en nudo corredizo, apareció inesperadamente dispuesta a enganchar a la presunta víctima. A engancharla por el cuello, colgándola súbitamente. Ahorcándola, así, del modo más rápido y violento. Y del modo, qué duda cabe, más irreversible.

Porque ante el impulso, ante la agresividad, ante la violencia del hecho, lo único que podía darse por sentado era que el cuello de la víctima iba a quedar partido en dos. Ocasionándole, indudablemente, una muerte súbita.

Pero Robin Scott, aunque no podía esperarse esa clase de cebo, tenía el oído muy fino, los reflejos muy rápidos y los músculos muy flexibles, así que captó en el acto algo anormal e hizo que sus pies, de un salto, dejaran el lugar que pisaba en aquel instante. Por lo visto, el lugar fatídico.

Por lo que la sog a y el nudo corredizo, no dieron caza al

cuello de Robin Scott. Aunque sí atraparon, de forma que no pudo evitar, sus tobillos. Por lo que quedó colgado por los pies.

Todo él hacia abajo, no se sintió, empero, atrapado. Para atraparle a él hacía falta mucho más que esa fracasada intentona.

De todas formas, estaba colgado hacia abajo y de momento daba la sensación de haber perdido, si no la guerra, sí aquella batalla.

Quizá, creyéndolo así, aparecería el asesino. Tal vez se dejaría ver. Puede que supusiera que todo estaba a su favor. Ojalá lo hiciera. Se llevaría un buen chasco, esto por descontado. La automática seguía en su sitio, y él tenía tan buena puntería boca arriba como boca abajo.

Pero el asesino demostró ser más receloso de lo que pudiera esperarse, y optó, puesto que la trampa había fallado, por desaparecer de allí sin ser visto. Debió considerar, por lo demás, que aquella situación en la que se veía, colgado de los pies, significaría para Robin Scott, tal vez, no saber cómo arreglárselas para salir del atolladero. Lo que podía representar que su final estuviera asimismo asegurado.

Nada más lejos de eso.

Pero Robin Scott quiso esperar a que el asesino se alejara. Puesto que no se decidía a dar la cara, y puesto que para perseguirle y alcanzarle era ya tarde, le convenía hacerle creer que se quedaba allí, atrapado, sin saber cómo salir del nudo corredizo que le cerraba imperiosamente los tobillos. De este modo, cuando apareciera de nuevo, sería mayor la sorpresa del asesino, y esta sorpresa, indudablemente, le delataría más que otra cosa.

Esperó, pues, unos minutos. Los que supuso que el asesino había necesitado para salir del bosque y regresar al caserón. Porque venía del caserón, estaba seguro.

Una vez pasados esos minutos, no lo pensó más. Llevó la diestra a la funda de su automática y la sacó de allí. Una vez el arma en su mano, apuntó hacia lo alto, hacia la soga. Disparó dos veces, una vez tras otra.

Las dos veces acertó y ya sin ataduras fue a caer sobre la hojarasca.

Entre una postura y la otra, había dado una acrobática vuelta de campana, sobre sí mismo. Por eso cayó de pie.

Ya estaba. Como si nada hubiera pasado.

Pero si hacía poco, muy poco, los zapatos del asesino habían marcado huellas sobre la tierra aún húmeda, eso significaba que el asesino en esos momentos, tendría manchados de barro las suelas de sus zapatos.

CAPITULO IX

Se presentó en el caserón cuando nadie, por lo visto, le esperaba. Quizá debido a lo avanzado de la hora.

Stefanie se alegró mucho de verle. Esto fue lo único que Robin Scott pudo sacar en claro de buenas a primeras.

Respecto a los demás, la pista que buscaba en esos zapatos que sin duda debían seguir manchados de barro, la cosa no se presentó nada fácil. Por la sencilla razón de que los habitantes del caserón, al llegar él, se hallaban cada uno en un lugar distinto. Esto dificultaba, evidentemente, la rápida mirada que hubiera deseado echar sobre todos y cada uno de ellos.

Le salió a abrir Robert, el viejo sirviente, y una mera ojeada hacia el suelo, le bastó y sobró para convencerse de que aquellos zapatos no daban opción a la menor suspicacia.

Vio al otro lado del vestíbulo a la guapa Judy, e instintivamente miró también a sus pies. Las huellas que había visto sobre la tierra aún húmeda, no eran lo suficientemente claras y precisas como para asegurar que fueran de zapatos de mujer o de hombre. Así que prefería pecar de suspicaz y receloso, que de cándido e inocente. Pero no, tampoco en este caso concreto había nada que recelar.

Robin Scott cruzó el vestíbulo. Se presentó en aquella estancia que era, no cabía dudarlo, la favorita de Frank Harold. Allí estaba éste, sentado frente a la chimenea, con el rostro muy pálido. Que se sentía sumamente angustiado, era algo que saltaba a la vista.

Frente a él, sentado en otro sillón, estaba Jonathan Grassle. Quien, por lo que pudo oír y deducir, acababa de llegar.

—No quiero que entre usted y yo, señor Harold, quede el menor resentimiento —le oyó decir Robin Scott—. Por eso, al pasar con mi coche casualmente por aquí, he sentido el vivo deseo de venir a saludarle.

Echó una ojeada a los zapatos del cirujano. Si había llegado en coche, no tenía por qué tenerlos manchados.

En efecto, los tenía limpios. Relucían de puro limpios. No, tampoco en este caso daba con la pista que buscaba.

Oyó una voz y reconoció la de Paul Halpin, el hijo del posadero.

Stefanie le dijo:

—No hace mucho que ha llegado. Ha venido a devolvernos un libro que mi tío le prestó. Ahora está en la biblioteca, eligiendo otro. Es un muchacho al que le entusiasma la lectura.

Robin Scott pensó que todos estaban allí. Por lo menos todos los que para él eran los sospechosos. Mejor así. Antes podría llegar a una deducción concluyente.

—¿Y Michael? —preguntó, pues no estaba dispuesto a que nadie escapara a su examen.

—Se ha ido a echar un rato a la cama —le contestó Stefanie—. Le dolía el estómago, según qué temporadas tiene acidez. Resulta un poco fastidioso, pero con un poco de bicarbonato y otro poco de reposo se le pasa en seguida.

—Seguro que estará bien para la hora de la cena...

—Sí, claro que sí.

—De todos modos, ¿puedo subir a verle?

—Pero si no tiene importancia...

—Aun así —insistió.

—Como gustes.

Subió la escalera lo más rápidamente posible y segundos después llamaba con los nudillos a la puerta de aquella habitación.

—Adelante —oyó la voz de Michael.

Robin Scott penetró en la estancia.

—Qué, ¿se encuentra ya mejor? —preguntó con naturalidad—. Acabo de llegar y me han dicho...

—Ya estoy bien.

Había encontrado a Michael echado en la cama, sobre una colcha de raso. La mirada se le fue hacia la suela de sus zapatos. Nada. Nada en absoluto. Aquellos zapatos sólo habían pisado el suelo del caserón.

—Me alegro que ya esté bien.

—Muy agradecido por su interés. Ya me levanto. En seguida estaré abajo.

—Le esperamos.

Robin Scott salió de la habitación, bajó la escalera y se dirigió rectamente hacia la biblioteca. Sabía que allí encontraría a su último sospechoso. Paul Halpin.

—¿Qué tal, señor Scott? —le saludó éste al verle aparecer en el quicio de la puerta, y a juzgar por su expresión se alegró verdaderamente de verle.

—Buscando un buen libro, ¿eh? —le respondió así, sonriendo—. Si lo desea, le ayudo en la elección.

—Me encanta la lectura. Sí, por favor, recomiéndeme algo que valga la pena.

—Para estar acertado, tendría que saber sus preferencias. ¿Acaso le atraen los crímenes, las muertes...?

—¡Oh, no! —protestó Paul Halpin—. Soy de gustos mucho

menos morbosos.

—En tal caso —dijo Robin Scott—, comparto sus gustos.

Y ya sin más disimulos, miró los zapatos del hijo del posadero. Sí, éstos tenían las suelas manchadas de barro.

Pero Robin Scott no se entusiasmó en exceso. Si el hijo del posadero acababa de llegar al caserón, y si había llegado a pie, lo normal era que en el camino las suelas de sus zapatos se hubieran manchado.

Por lo demás, lo cierto es que unos y otros habían tenido tiempo suficiente para cambiarse de zapatos.

En conclusión, no queriendo precipitarse, se abstuvo de todo comentario y se limitó a sugerirle que leyera el libro que acababa de sacar de la estantería.

—Es magnífico, se lo aseguro.

—¿Acaba mal? —preguntó Paul Halpin. Y reconoció seguidamente—. Me gusta que acaben bien.

—No puedo decirle cómo acaba —repuso Robin Scott—. La trama perdería para usted toda su emoción, ¿no cree?

—Sí, tiene razón. Vale más que no sepa el final.

Y Robin Scott se dijo que, de ser el asesino, podía dar por descontado que el final no iba a serle propicio. De eso se encargaría él. Para eso estaba allí.

Sin embargo, unas palabras oídas no hacía mucho, de pronto le repercutieron dentro de la cabeza. Y eso equivalió a un descubrimiento, a una revelación, a algo que hizo que, de pronto, se descorriera el velo que hasta entonces había cubierto su entendimiento. Por decirlo de alguna manera, puesto que, en realidad, desde el primer momento había sospechado de esa persona...

No obstante, le convenía fingir que nada recelaba, que todo lo aceptaba y admitía como bueno. Cuanto más confiara el asesino en su propia seguridad, más rápidamente perdería los nervios cuando, de forma súbita e inesperada, se viera al descubierto.

Em resumidas cuentas, lo que Robin Scott pretendía, es que las circunstancias se pusieran a punto de caramelo, para que los nervios del asesino llegaran a romperse, a resquebrajarse saltando hechos añicos, auténticos añicos, y que, en definitiva, a sí mismo terminara por delatarse.

Lo conseguiría.

Estaba seguro de ello.

Cuando entró de nuevo en la estancia en la que se hallaba Frank Harold, oyó cómo éste, con voz que se esforzaba por hacer serena, decía:

—He estado pensando en lo que hablamos la primera vez que nos vimos...

Robert Scott se detuvo, comprendiendo que aquélla iba a ser una conversación íntima. No era su deseo parecer entrometido y carraspeó de forma intencionada para que su presencia fuera reparada. Pero la verdad es que deseaba quedarse. Quizá, quién sabe, con un poco de suerte, Frank Harold le diría que no estorbaba, que podía acercarse a ellos.

Tuvo suerte.

Se lo dijo.

—No se retire, señor Scott. Hay confianza entre nosotros. Puede oír perfectamente lo que voy a decir al señor Grassle, ese prestigioso cirujano que, quién sabe, quizá algún día tenga mi vida entre sus manos.

—Si realmente no molesto —sonrió Robin Scott, y se adentró en la estancia.

Al poco ocupaba un asiento, quedando en silencio entre aquellos dos hombres.

—Esperemos que no se presente esa ocasión a la que usted alude —dijo Jonathan Grassle—. Pero, de presentarse, dé por descontado que le sacaré del apuro. A propósito, ¿qué ha querido decirme con eso de que ha estado pensando en lo que hablamos la primera vez que nos vimos...?

—Me refiero —subrayó Frank Harold— a que he reconsiderado sus palabras de aquel día, llegando a la conclusión de que yo no soy quién para inmiscuirme en la vida de nadie, y menos aún en la vida de mi sobrina. Considero, pues, que no me asiste el derecho a prohibirla que se case con usted... Si ella lo desea así —concluyó— por mí no ha de quedar. La dejo libre de elección.

—Le quedo muy agradecido por lo que acaba de decirme, señor Harold —pero a Jonathan Grassle no se le animó la expresión lo que hubiera sido lógico esperar—. Es un inestimable detalle por su parte, que yo valoro, no lo dude, todo lo que se merece.

Frank Harold, tras hablar al cirujano en tales términos, se había sentido liberado, como quien recobra de pronto la vida. Pero al reparar en que la expresión de Jonathan Grassle no era la que él esperaba, se quedó cortado, vacilante, no sabiendo en verdad cómo calibrar aquella reacción.

—Se alegrará, supongo —se decidió a decir finalmente— de

que haya rectificado, ¿no? Eso significa que, si la convence a ella, por mí no ha de quedar. Deseaba, usted ya lo sabe, que Stefanie se casara con su primo Michael, era éste el deseo de mi difunta esposa, pero, en fin, dadas las circunstancias...

—Me alegraría más —dijo Jonathan Grassle— si me creyera capaz de convencer a su sobrina, pero no creo que ella desee casarse conmigo. Si lo hace con su primo Michael cobrará cien mil libras. Es una cifra muy respetable. No, no es fácil que cambie de parecer.

—Estoy dispuesto —repuso Frank Harold, queriendo defender su vida a toda costa— a facilitar las cosas a todos... A todos, puesto que esto que sucede no es culpa, en realidad, de nadie. Así pues, daré a Stefanie las cien mil libras cuando se case, tanto sea con su primo Michael como sea con usted. Como verá, me muestro comprensivo, tolerante, y me pongo a tono...

—Sí —convino Jonathan Grassle—, se pone a tono. Más, ciertamente, no puede pedírsele. Eso le honra a usted.

—De todas formas —se permitió meter baza Robin Scott— considero que la cuestión tiene un leve hándicap.

—¿Usted cree? —inquirió Frank Harold, volviendo el rostro hacia el joven.

—Sí, por descontado —dijo éste—. Stefanie podrá solucionar el caso gracias a su generosidad, a su saber adaptarse a las circunstancias. A las circunstancias de la vida, siempre difíciles e imprevisibles... Pero ¿y Michael, su sobrino, qué va a opinar de esa decisión suya, señor Harold? Convenga conmigo en que le deja en la estacada.

—No, no, en absoluto —aseguró Frank Harold—, Stefanie cobrará cien mil libras se case con quien se case y con Michael procederé, por descontado, de igual modo. No sería justo que con uno fuera más pródigo y desprendido que con otro.

—Me parece razonable —admitió Robin Scott.

—Pero desgraciadamente —dijo Jonathan Grassle— ni aun así creo que mejoren las cosas para mí. Stefanie no está enamorada de mí, y me parece, y discúlpeme la tal vez innecesaria incorrección de decírselo, que usted ya lo sabe.

—Pues yo... yo... —a Frank Harold le dio tos.

—Sí, usted lo sabe —repitió Jonathan Grassle—. Y si se ha expresado usted así conmigo, ha sido porque... No sé, pero me parece como si usted me tuviera miedo. Tengo al menos esa sensación.

—¿Yo miedo de usted...? —quiso tomárselo a broma—. ¡Qué cosas tiene! Le aseguro que se equivoca de pleno.

—Mejor así. Bien mirado —aseveró— lo único que debe

hacernos sentir miedo es el asesino de las ancianas Julie y Norma.

—Estoy de acuerdo con usted —intervino de nuevo Robin Scott—, porque el asesino, señor Grassle, nos ronda demasiado cerca. Tan cerca que, ¿por qué no atreverse a suponer que vive en esta misma casa o que por lo menos la visita con asiduidad?

Jonathan Grassle dio un respingo.

—¿A quién está acusando? —inquirió con expresión sobresaltada.

—Yo no soy nadie para acusar a nadie —manifestó Robin Scott—, a menos que tenga las pruebas suficientes o al menos el sobrado convencimiento para acusar sin temor a errar.

—Pero esa sugerencia ha sido escalofriante, ¿no le parece a usted, señor Harold? —y miró al interpelado.

—Sí, escalofriante... —no pudo menos de considerar Frank Harold.

—Disculpenme si me he extralimitado...

Pero Robin Scott pronto tuvo la certeza, la absoluta seguridad, de que no se había extralimitado y de que, en consecuencia, el asesino estaba metido en aquella casa. La tuvo cuando se despidió de Stefanie y salió del caserón.

Ya estaba fuera, y se disponía a dirigirse hacia Higgurs, hacia la posada, cuando oyó que alguien entreabría una de las ventanas del caserón, una de las que correspondían al piso. Lo hizo a oscuras, del modo más sigiloso que pudo. Y un papel doblado en cuatro se deslizó desde aquella altura y cayó a sus pies.

Robin Scott lo cogió.

Las sombras de la noche eran demasiado intensas para poder leer lo que allí ponía, así que sacó el encendedor. A su vacilante y breve llama sería distinto, tenía muy buena vista.

En efecto, pudo leer perfectamente lo que ponía. Antes de eso, no obstante, se dio cuenta perfectamente de que aquella letra, evidentemente, estaba escrita con la mano izquierda, era la del asesino.

Decía aquel papel:

«Si es un hombre valiente, vaya mañana al atardecer al bosque, y deténgase, exactamente, a seis pasos del mismo camino y del mismo lugar donde, el otro día, quedó colgado. A seis pasos a la derecha. Pero si no se atreve y deja de acudir, le disculparé. La cobardía no siempre puede evitarse.»

Era un reto.

Un desafío.

Una provocación.

Miró hacia aquella ventana, de la que se había desprendido el papel. No vio a nadie. Como si el papel hubiera caído del cielo.

—No acabarás tú conmigo —murmuró para sí Robin Scott—. Será todo lo contrario, acabaré yo contigo.

CAPITULO X

Había empezado a oscurecer y Robin Scott se presentó en el caserón, desenvuelto y sonriente como si no pasara nada.

Encontró allí a todos.

A Frank Harold, Michael y Stefanie. Y a Pamela. También a Paul Halpin. No podían faltar, asimismo, los sirvientes, el viejo Robert y la guapa Judy. Sí, allí estaban todos.

—Va a venir el inspector de policía. Yo le he mandado llamar —les hizo saber Robin Scott.

Pamela torció el gesto. Según dijo, le disgustaba volver a tocar el tema de aquellas dos horribles muertes. Se había esforzado en olvidar lo que había sucedido.

—¿Podemos saber —preguntó Paul Halpin— por qué le ha mandado llamar? ¿Acaso ha averiguado algo...?

—Sí —fue la respuesta tajante de Robin Scott.

—Me cuesta creerlo... —empezó a decir Frank Harold. Luego dijo—: Lo veo todo demasiado complejo para hacerme ilusiones en ese sentido.

—Hablaré así que llegue el inspector —declaró Robin Scott —, ni un momento antes. No lo considero conveniente.

—Entretanto, podríamos tomar unas copas, ¿no les parece? —propuso Michael.

—Es una buena idea —aceptó Frank Harold, que estaba con la respiración bastante entrecortada.

—A mí también me sentará bien —manifestó Pamela, a quien todo aquello, indudablemente, estaba poniendo muy nerviosa.

—No quiero ser menos —dijo Stefanie—, sírvenme también una copa a mí, Michael.

—Sí, querida —contestó éste.

—¿Desea usted una copa? —ofreció Robin Scott a Robert, el viejo sirviente—. ¿Y usted, Judy...? Me parece que a todos nos va a venir bien.

—No, gracias, señor —dijo el viejo Robert.

—No, gracias, señor —repitió Judy.

Pero en aquel preciso momento se oyó la campanilla de la puerta de entrada y todos dieron, por descontado, que se trataba del inspector.

No se equivocaron. Allí estaba, Acudiendo a la llamada que había recibido.

—Aquí me tiene —dijo apenas hubo saludado a los presentes, y se dirigió en este caso única y exclusivamente a Robin Scott.

—Agradecido —replicó el joven—. Y ahora sólo le pido que

me escuche. He descubierto ya al culpable. Me congratulo de poder decirlo.

—¿De veras...?

—Sí. Y le advierto algo que sin duda ignora. El asesino está ahora entre nosotros. Sí, aquí, fingiendo, disimulando, no queriendo delatarse. Por lo que veo, de momento lo consigue.

Sí, lo conseguía. Porque desde luego ninguno de los presentes acusaba ninguna actitud delatora. Más o menos, todos mantenían una decorosa compostura.

—Le escuchamos, señor Scott —dijo el inspector de policía, el cual no había llegado solo, sino acompañado de dos de sus hombres.

—Ante todo debo hacerles saber —y por lo visto el joven se dirigía a todos, a todos, sin excepción—, que el asesino me ha citado en el bosque... Aquí está su escrito, que es todo un reto, un desafío, una auténtica provocación.

Mostró el papel al inspector, quien, una vez lo hubo leído, no le importó que pasara de mano en mano.

—Y hubiera acudido a su cita —siguió diciendo Robin Scott — de ignorar si identidad. En tal caso, queriendo desenmascararle, me hubiera arriesgado... El arriesgarme es lo mío, siempre y cuando el caso lo requiera. Pero sabiendo ya quién es esa persona, ¿a qué perder el tiempo?

Todos callaron. Nadie, por lo visto, encontró nada que decir. Así que Robin Scott tardó poco en proseguir.

—Pero vale más que el relato, lo empiece por el principio... Y el principio está firmemente aferrado a esa pesadilla que tuvo usted, señor Harold. Una horrible pesadilla, sí, lo admito, pero que no debió afectarle de una forma tan directa. Pero sí, le afectó, le impresionó, le dañó... Le dañó tan hondo, aComplejándole y traumatizándole de una forma tan directa, que debido a ello el asesino encontró sentido a su plan...

—¿A su plan? —inquirió Frank Harold.

—No debió acusar tanto esa pesadilla, señor Harold —dijo Robin Scott—. Debíó comprender que carecía de importancia... Pero, claro, se dio la circunstancia de que apareciera en su vida el auténtico Jonathan Grassle y, lo dicho, quedó usted profundamente acomplexado, totalmente traumatizado... A ello contribuyó, por descontado, que usted, señor Grassle, en un momento de excitación al ver que le era negada la mano de Stefanie, le amenazara de muerte... Y en fin, que sabido todo esto, el asesino, lo dicho, encontró sentido a su plan...

—Le presenté mis disculpas al señor Harold —dijo Jonathan Grassle—. ¿Qué más podía hacer? Lamento de veras lo sucedido.

—Antes de seguir adelante —repuso Robin Scott— he de hacerle saber, señor Harold, que su pesadilla no resulta, realmente, tan insólita, ni tan increíble, ni tan inaudita como pueda parecer a primera vista. Se lo explicaré en pocas palabras.

Esperó unos segundos y prosiguió:

—Usted tuvo esa pesadilla la tarde del día cinco, ¿no es eso? Ahora bien, el señor Grassle, Jonathan Grassle, el famoso cirujano, acababa de efectuar con gran éxito unas disertaciones y los periódicos de aquellas fechas habían hablado de él, y no poco... He estado en Londres y ojeando los correspondientes periódicos he podido constatarlo así. Hablaron mucho de él, pero sin sacar a relucir su fotografía, de ello que en su pesadilla, señor Harold, su asesino no tuviera rostro definido. Usted, claro, captó la noticia profundamente, muy profundamente... Si no de una forma consciente, sí inconsciente... Sabiendo que había metralla junto a su corazón, y que esa metralla podía significar en el momento más inesperado un terrible peligro... No, no tardó en surgir esa pesadilla...

—Sí, su tesis es lógica, aceptable —admitió Frank Harold—. No me había detenido a pensar en ello. Ahora que reflexiono sobre lo que acaba de decir, sí leí, en efecto, lo que usted ha dicho en los periódicos...

—Estaba convencido de ello. Por lo demás, que en esa historia mezclara a Pamela, tampoco es de extrañar. Bien mirado, usted es un hombre mayor, y ella es joven, y muy bonita... Que surjan ciertos celos mal contenidos, o quizá simplemente mal asimilados, es algo natural, casi inevitable —y Robin Scott añadió, mirando esta vez a Stefanie—. Para llegar a estas conclusiones, no hace falta, ni mucho menos, ser un psiquiatra. Pero para lo que sigue —añadió— sí hace falta ser un buen detective...

—Prosiga, señor Scott —repuso el inspector de policía—. Por lo que voy viendo, sabe usted lo que se dice.

—Y lo que me hago —agregó el joven.

—Siga, siga...

—Satisfecho el impacto sufrido por usted, señor Harold, nuestro culpable, que por aquel entonces sólo era un simple y vulgar culpable, quedó a la espera de que usted, muerto de miedo, rectificara su actitud y permitiera a Jonathan Grassle que se casara con Stefanie. Sí, estaba convencido de que la claudicación llegaría. ¿Acaso no sabía la pesadilla que había sufrido y el hecho de que el propio Jonathan Grassle le hubiera amenazado de muerte? Sí, todo estaba a su favor.

Se detuvo, sin que nadie dijera nada. Todos permanecieron

en silencio, en espera de las siguientes palabras. Estas llegarían pronto.

—Pero mientras el culpable esperaba que los hechos programados por él se desarrollaran a su gusto, sucedió lo imprevisto, la anciana Julie oyó la conversación en la que él juraba a usted, Judy —miró ahora rectamente a la guapa muchacha—, que pronto sería un hombre libre, y muy rico, y entonces se casarían...

Judy se puso palidísima.

Pero fue Michael quien se quedó verdaderamente lívido.

—¿Qué está usted diciendo...? —inquirió éste coma quien pide una explicación, como quien se siente profundamente herido en su dignidad.

—Lo dicho, ni más ni menos —repuso Robin Scott— la anciana Julie oyó sus comprometedoras palabras y usted se dio cuenta de ello, por lo que decidió matarla...

—¿Se ha vuelto usted loco? —preguntó Michael rechinando los dientes.

—Pero mató a Norma creyéndola Julie... Una confusión muy lógica, ¡eran tan iguales! Sin embargo, ¿de qué servía eliminar a una si luego dejaba viva a la otra? Tuvo que matar por segunda vez.

—No sabe lo que está diciendo.

—Y puesto a matar —continuó Robin Scott, inflexible, inalterable—, ¿qué modo más adecuado de «trabajar» que de la misma forma que, en su pesadilla, lo hacía el cirujano Jonathan Grassle? Eso, y unas cuantas palabras escritas en un papel, y todo iría sobre ruedas... Seguro que es eso lo que pensó... —y agregó—: Yo supe, ya de fijo, que era el asesino, cuando caí en la cuenta de que le había visto echado en la cama con los zapatos puestos. Un hombre pulcro y aseado como usted, que según me habían asegurado lleva siempre la camisa inmaculadamente blanca, jamás deja caer al suelo la ceniza de su cigarrillo y que a menudo se afeita dos veces al día, no es lógico, ni natural, ni nada, que se acueste con los zapatos puestos sobre una colcha de raso. No pretendió, con eso, más que se los viera limpios si me daba por sospechar de usted... Y como, claro, había tenido tiempo de cambiárselos... Pero ese detalle le delató, un hombre de sus características tenía que haberse quitado los zapatos...

—Lo dicho, está usted loco —barbotó Michael, que seguía lívido.

—Acabo de visitar la casa de la anciana Julie, y he encontrado una carta, escrita de su puño y letra —dijo seguidamente Robin Scott, con gran tranquilidad, con gran

aplomo, sacándola del bolsillo de su americana—. Tómela, inspector... Aquí dice, u bien claramente por cierto, lo que la anciana Julie oyó decir a Michael en aquella ocasión... Lo que constituye una revelación sumamente significativa... Y sabido esto, lo demás, cuesta poco de imaginar...

Entregó la carta al inspector. Un sobre que, en realidad, sólo contenía un papel en blanco. No se trataba más que de un simulacro. Pero Michael no lo sabía, se vio cogido, desenmascarado, perdido, y los nervios le estallaron.

Dio varios pasos hacia atrás, de forma rápida y violenta. Acababa de sacar a relucir una pistola. Su expresión era cruel, malvada, abominable y diabólica. Era él mismo, ya sin máscara.

—¡Sí, todo eso es cierto! —exclamó—. Pensé que si tío Frank dejaba a un lado su empeño de casarme con Stefanie... Pensé que si olvidaba los deseos de su difunta esposa... En tal caso, si era él, por su propia iniciativa, por su propia conveniencia, quien rectificaba, yo no perdería las cien mil libras... Seguro que no las perdería, me las daría igualmente... Yo conozco bien a tío Frank, y sería incapaz de otra cosa... Puesto que rectificaría por su gusto, no, yo no pagaría las consecuencias... Cobraría igualmente el dinero y podría casarme con quien yo amo, con Judy...

Se detuvo unos brevísimos instantes. Sólo unos cortos y brevísimos instantes.

Prosiguió:

—Por eso, cuando nadie me oía, de forma disimulada, encubierta, le inducía a tío Frank a temer lo peor... Le inducía a ello una y otra vez, convencido de que al final me saldría con la mía... Pero tuve la mala suerte de que una de esas ancianas oyera la conversación que sostuve con Judy... Sí, la oyó... Yo le estaba diciendo «te amo a ti, sólo a ti. Por eso no cejaré hasta que mi tío, verdaderamente espantado, auténticamente aterrado, rectifique su actitud... Yo no me casaré jamás con otra...» Pero puesto que ni secreto había dejado de serlo —Michael jadeaba—, me vi obligado a actuar... Si esa anciana hablaba a mi tío, yo quedaría delatado, mis intenciones le saltarían entonces a la vista... Sí, si hablaba lo echaría todo a rodar... Y decidido a matar a la anciana, opté por hacerlo de modo que mi tío creyera que era Jonathan Grassle quien actuaba y quien, actuando así, le amenazaba... Me equivoqué de anciana, sí, sí —convino—, así que tuve que matar también a la otra...

—¿Has sido capaz de hacer algo semejante? —se horrorizó Judy—. Creía que intentabas asustar a tu tío con palabras, sólo con palabras.

—Matar no es agradable —dijo Michael—. Pero eran sólo dos

pobres ancianas, con un pie ya en la tumba.

—Es espantoso lo que dices... —murmuró Stefanie.

—Estuve por proponerte, Stefanie —dijo el asesino— que nos casáramos, pero sólo fingiendo nuestra unión, y luego nos separásemos, nos divorciásemos, una vez hubiéramos cobrado nuestras respectivas cien mil libras. Eso hubiera simplificado mucho las cosas. Pero di por descontado que no te avendrías a esa estafa... Engañar a nuestro tío no te hubiera parecido decoroso. Tienes demasiada dignidad para ello.

—Creo que todo ha sido dicho, ¿no le parece, inspector? —preguntó Robin Scott.

—Sólo hay un inconveniente para ustedes —repuso Michael—. Yo voy a huir. Ahora saldré de aquí —y les apuntaba firmemente con su pistola— y ya no volverán a encontrarme. Sabré darme buena maña para desaparecer. ¡Quietos! —exigió—. ¡Al primero que se mueva lo mato!

Poco después huía de allí, sin que ninguno, de momento, considerara oportuno llevarle la contraria. Ni el inspector. Ni sus hombres. Ni los demás.

Pero sí Robin Scott. Se lanzó al instante en su persecución, negándole la posibilidad de una escapatoria.

Entonces, los demás le siguieron.

Michael se internó en el bosque, y en su precipitación, en su excitación al verse seguido tan de cerca, fue hacia aquel lugar donde se había citado con Robin Scott. El suelo seguía estando lleno de hojarasca.

Si en la nota ponía, pensó Robin Scott al ver que se metía por allí... «deténgase, exactamente, a seis pasos del mismo camino y del mismo lugar donde el otro día quedó colgado. A seis pasos, a la derecha...» Si decía eso la nota, caía por su peso que el asesino daba por descontado que él, Robin Scott, no iba a ir por ese lado, sino por el contrario. Y sería por ese otro lado, donde estaría la celada. Sin duda, posiblemente, la misma celada de la otra vez.

Si él hubiera acudido a la cita, habría ido hasta seis pasos de aquel mismo camino y de aquel mismo lugar, a la derecha. Tal y como, ni más ni menos, le indicaba la nota. Seguro que era ése el sitio más seguro. El asesino debía estar convencido, claro está, de que él no seguiría las instrucciones recibidas.

Pero Michael, en su excitación, ya no debía recordar la propia trampa que él había colocado, pretendiendo, sin duda, acabar con Robin Scott de una vez.

En eso, Robin Scott, inapelable perseguidor de Michael, vio cómo éste se detenía. Según su manera de pensar, reflexionar y deducir, acababa de hacerlo donde no debía... ¡No, allí no...!

Fue en aquel momento, precisamente en aquel momento, cuando oyó decir al inspector:

—Dispararemos a su alrededor. Así le instaremos a que se rinda.

Dispararon, él y sus hombres, repetidas veces. Antes de que Robin Scott tuviera tiempo de decirles que era mejor abstenerse de hacerlo.

Sucedió de pronto.

Una de esas balas, nunca se supo cuál, cortó la cuerda que sujetaba baja y tirante la rama de un árbol, y ésta se disparó violentamente hacia arriba. Al mismo tiempo que otra cuerda, a su término convertida en nudo corredizo, apareció inesperadamente dispuesta a enganchar a su víctima.

Esta vez lo consiguió. Michael no tenía el oído fino, ni los reflejos rápidos, ni los músculos flexibles.

La sogla se le enganchó al cuello, colgándole súbitamente. Ahorcándole, así, del modo más rápido y violento. Y del modo, qué duda cabe, más irreversible.

Porque ante el impulso, ante la agresividad, ante la violencia del hecho, el cuello de Michael quedó súbitamente partido en dos.

CAPITULO XI

—En buena hora entré en el consultorio de tu hermano —dijo Stefanie, sonriendo—. Has resultado un psiquiatra muy aceptable.

—Y un buen detective, ¿no? Lástima —repuso Robin Scott— que hayan habido esas dos muertes tan espantosas.

—Lo único bueno y romántico de esta historia es que ha acabado bien para Paul Halpin. Ya sabes que va a casarse con Judy, ¿verdad?

—Sí, ya lo sé. Pero no sólo ha surgido la unión de esa pareja. También hay otro matrimonio en perspectiva, ¿no lo sabías?

—No... —se ruborizó Stefanie.

—Pues sí. ¿No sabes a qué pareja me refiero?

—No.

—A ti y a mí. Porque yo me he enamorado de ti como un verdadero tonto, a pesar que yo de tonto tengo muy poco, y tú también estás que ni respiras por mí, no me digas que no.

—No te lo digo. Es cierto —reconoció ella.

Y ya no hicieron falta más palabras. Llegó un beso largo, larguísimo. De esos que parecen que no van a tener fin.

FIN